

Autora de *Gente normal*

SALLY ROONEY

Intermezzo



Traducción de Inga Pellisa



SALLY ROONEY

Intermezzo

Traducción de Inga Pellisa



RANDOM HOUSE

Aber fühlst du nicht *jetzt* den Kummer? («Aber spielst du nicht *jetzt* Schach?»)
[Pero ¿no sientes *ahora* la pena? («Pero ¿no juegas *ahora* al ajedrez?»)]

LUDWIG WITTGENSTEIN,
Investigaciones filosóficas

PRIMERA PARTE

1

No parecía justo para el chaval. En el funeral con ese traje. Y con los aparatos en los dientes, el incordio supremo del adolescente. En situaciones así, a uno casi le terminaban dando apuro sus propias dotes sociales. Le brinda la excusa, o le brinda cuando menos alguien a quien lanzar una mirada implorante entre los apretones de manos de rigor. Dios lo ama. Casi veintitrés, ya: Ivan el Terrible. Costaba, de hecho, hacerse a la idea de que llevara puesto ese traje. Sacado tal vez de alguna tiendecilla de segunda mano con olor a humedad que recogía dinero para la clínica de cuidados paliativos del pueblo, pagado en metálico y metido hecho un gurrño en una bolsa de plástico reutilizable para llevárselo a casa en la bici. Sí, la verdad es que así se entendería, así cuadrarían ese traje, en su esplendorosa fealdad, y la personalidad de su hermano pequeño, diez años más joven. No es que no tuviera estilo, a su manera. Había cierta gracia en su absoluto desdén por el mundo material. Cerebro y hermosura, dijo una tía suya una vez. De los dos. ¿O Ivan era el cerebro y Peter la hermosura? Gracias, supongo. Cruza Watling Street camino del piso que no es un piso, la casa que no es una casa, once días, ¿o son doce?, después del funeral, ya de vuelta en la ciudad. De vuelta al trabajo, de aquella manera. De vuelta, en todo caso, donde Naomi. Y qué llevará puesto cuando le abra la puerta. Se pasa el móvil del bolsillo a la palma de la mano al llegar al primer escalón; siente al teclear la tactilidad fría de la pantalla iluminada bajo los dedos.

Estoy fuera. Ahora las tardes son más cortas y ella debe de haber vuelto a las clases. No responde, pero ve el mensaje, y entonces, la secuencia predecible: esa secuencia de sonidos, tan familiar y a estas alturas indirectamente excitante, que llega desde el otro lado de la puerta mientras ella sube por la vieja escalera del sótano hasta el recibidor. Condicionamiento clásico: ¿cómo ha tardado tanto en darse cuenta? Sentido común. Eso no. Experiencia cotidiana. El nexo entre memoria y sensación. La puerta abriéndose.

Hola, Peter, dice ella.

Un top corto de cachemir, una cadenita de oro. Y unos pantalones de chándal negros ajustados al tobillo. Sin elásticos, no lo soporta. Los pies descalzos.

¿Puedo pasar?, pregunta.

Escalera abajo y al cuarto sin cruzarse con ninguno de los demás. Las guirnaldas de luces proyectan tenues puntitos sobre la pared. Peter se quita los zapatos, los deja junto a la puerta. El portátil abierto encima del colchón pelado. Aroma de perfume, sudor y cannabis. En cuya atmósfera mixta todas nuestras compulsiones confluyen. Las cortinas echadas, como siempre.

¿Dónde te habías metido?, pregunta ella.

Ah. Me temo que surgió un imprevisto.

Ella lo mira, y luego ya no, con sorna.

Unas vacaciones de verano de última hora, ¿verdad?

Naomi, cariño, dice en tono amistoso. Se ha muerto mi padre.

Ella se vuelve de nuevo, perpleja.

Tu... Se queda callada. Dios, añade. Madre mía, joder. Lo siento mucho, Peter.

¿Te importa que me siente?

Se sientan juntos en el colchón.

Dios, dice ella. Y luego: ¿Estás bien?

Sí, supongo.

Está concentrada en las plantas de sus pies, cruzados encima del colchón. Negras de una suciedad que nunca parece exactamente suciedad.

¿Quieres hablar de ello?, pregunta.

No, la verdad.

¿Cómo lo lleva tu hermano?

Ivan, dice él. ¿Sabes que tiene más o menos tu edad?

Sí, me lo dijiste. Decías que querías presentarnos. ¿Está bien?

Peter sonrío, con amor, inconteniblemente, y para ahorrarle el espectáculo de esa sonrisa de amor incontenible a la propia Naomi, se sonrío en su lugar, como si le hiciera gracia, al reverso de la muñeca. Pues lo lleva... Lo cierto es que no tengo ni idea de cómo lo lleva, responde. ¿Qué te he contado de él?

No sé, me dijiste que era «un marciano» o algo.

Sí, es un auténtico bicho raro. Para nada tu tipo. Yo creo que es como autista, aunque supongo que eso ya no se puede decir.

Sí se puede, si lo es de verdad.

Bueno, no clínicamente ni nada. Pero es un genio del ajedrez, así que. Peter se tumba de espaldas en la cama, mirando al techo. No te importa, ¿verdad?, dice. Tengo que ir a otro sitio dentro de nada.

Más allá de su campo visual, la boca de Naomi responde: Tranqui. Una pausa. Él juguetea con la costura de la pernera del chándal. Naomi se tumba a su lado, cálida, su aliento cálido, el aroma del café y de algo más. Sus pechos cálidos bajo el pequeño top de cachemir. Que le regaló él, o el mismo en otro color. «Gris París». Ella le permite acariciar con las puntas de los dedos su axila húmeda. El perfume talcoso del desodorante solo

enmascara, por debajo, el olor salado de la transpiración. Apenas se afeita más allá de las piernas, de rodilla para abajo. Una vez Peter le contó que, en sus tiempos, las chicas de la universidad se depilaban el pubis con cera. A ella le entró la risa. Le preguntó si estaba intentado hacerla sentir mal o algo. Para nada, dijo él. Solo que es una evolución curiosa de la cultura sexual. Naomi siempre se ríe. Aquellos años del Tigre Celta debieron de ser un desfase. Pero bueno, a ti te gusta. Y es verdad, le gusta. Su descuido tiene algo sensual. Los pies fríos. Las plantas siempre negras de andar por ese cuchitril a medio vestir, fumando un porro, hablando por el altavoz. Ahora, murmura en voz baja: Lo siento mucho. Él desliza los dedos bajo el cachemir. Los ojos cerrados. Todo muy lánguido y como en un sueño. El tacto de su piel en las manos, sin verla, con esa textura vellosa y suave, casi de terciopelo. Peter le pregunta qué ha hecho mientras él no estaba. No responde. Abre los ojos y encuentra los de Naomi mirándolo.

Oye, dice ella. Me siento tonta contándote esto, pero hace unas semanas me surgió un tema. En plan, para clase, tenía que comprar unos libros. Así que necesitaba dinero. No es nada del otro mundo.

Él asiente despacio.

Ah, dice. Vale. Yo te podría haber ayudado, de haberlo sabido.

Ya, responde ella. Bueno, no me respondías a los mensajes. Tuerce los labios en una sonrisa dolida. Perdona, añade. No sabía lo de tu padre, obviamente.

No te preocupes, dice él. No sabía que necesitabas dinero. Obviamente.

Se miran el uno al otro unos segundos más, avergonzados, irritables, arrepentidos. Ella se echa sobre la espalda. No importa, continúa diciendo. Ni siquiera tuve que hacer nada, las fotos eran de hace siglos. Peter siente el cuerpo rendido y pesado. Cierra los ojos. Un tío de esos que le comenta todos los post, seguramente. El emoji del mono tapándose los ojos. O algún

hombre triste y casado con una tarjeta de crédito de la que su mujer no tiene noticia.

Qué putada lo de tu padre, dice. ¿Cuándo fue el funeral?

La semana pasada. La otra.

¿Fueron todos tus amigos?

No todos, responde al cabo de un momento. Y después de otra pausa: Sylvia. Y algunos más.

Supongo que no me querías a mí ahí.

Peter se vuelve a mirar su perfil. Los labios carnosos separados, un rastro de pecas en el pómulos. Un pendiente de botón plateado reluciendo en la oreja. La imagen de la juventud y la belleza. Le gustaría saber cuánto pagó el tipo. No, responde. Supongo que no.

Ella sonrío sin mirarlo. ¿Qué creías que iba a hacer? ¿Intentar seducir al cura, o algo? He ido a algún que otro funeral, ¿sabes?

Pensé solo que la gente seguramente querría saber quién eras. ¿Y qué les iba a decir, que somos amigos?

¿Por qué no?

No creo que nadie se lo hubiese creído.

Muchas gracias, dice ella. ¿No parece que tenga suficiente clase para ser amiga tuya?

No parece que tengas suficiente edad.

Naomi sonrío, con la punta de la lengua asomando entre los dientes. Tú estás mal de la cabeza, ¿eh?, dice.

Ya lo sé, pero tú también.

Ella estira los brazos con gesto pensativo, y luego apoya la cabeza sobre las manos. ¿Tienes novia o algo?, pregunta.

Él no dice nada. Porque, de todas maneras, a Naomi no parece que le importe, por qué iba a importarle. Piensa en responder: Tuve, una vez.

Podría ser el momento de contárselo, ¿verdad? Lo del funeral, y lo de después. Tampoco es que hubiese pasado nada. Era solo el sentimiento, el recuerdo de un sentimiento, lo cual no era nada, en realidad. Se vio de pronto en el coche murmurando como un idiota: No me dejes solo con Ivan, quieres. Por eso se quedó con él. Solo por eso. Arriba, en el viejo cuarto de su infancia, pegado a ella mientras le palpitaba como a un adolescente. Demasiado oscuro, afortunadamente, para mirarla a los ojos. Durmieron el uno al lado del otro, eso fue todo. Nada que contar. Por la mañana, cuando se despertó, ya estaba levantada. Abajo en la cocina con Ivan, hablando bajito; los oyó desde el rellano. ¿De qué podían estar hablando? Buena casilla, d5, para el caballo, ¿eh? Ella también lo haría, lo más seguro. Seguirle la corriente. No había más.

Si la tuviera, responde Peter, ¿por qué iba a estar quedando contigo?

Gira el cuerpo de cara a él y acaricia con la yema del dedo la cadenita de oro que lleva al cuello. Porque estás mal de la cabeza, ¿recuerdas?

Lo recuerda, sí, y recordándolo lleva la mano a su cara, tan pequeña, y apoya la palma en la mandíbula. ¿Se está burlando de él? Sí, pues claro, pero ¿es solo eso? En su fiesta de cumpleaños en verano cuando le llevó champán y ella bebió a morro de la botella con los labios pintados. En la cocina su amiga Janine le dijo ¿sabes qué? yo creo que le gustas Peter. No es como los otros, él lo sabe. El reto en parte le gustó, cuando se conocieron. En el bar, ella con un vestido plateado diminuto, el pelo suelto casi hasta la cintura, un pendiente de botón en la nariz soltando destellos rojos bajo las luces. Sus amigas le enseñaron la página web a Peter, con el pretexto de querer saber si era legal. Que os jodan, dijo ella. No le contéis eso. Le soltó una mirada: inteligencia animal. Solo entre ellos dos, Peter lo supo. No era como los otros. Hombres que le mandaban amenazas desquiciadas de violencia sexual por internet, puta de mierda, te voy a

matar, te voy a rajar la garganta. Naomi ríe mientras se desliza con el pulgar por la bandeja de entrada. Tremendo cringe, imagínate. No era digno de ella asustarse. Si algún día ocurriese, moriría riendo, cree él. Qué idiota ha sido de no responder a sus mensajes. Algunos muy bonitos, además. Culpa suya. Se pregunta cuánta falta le hace el dinero, y luego siente, ¿qué? Vergüenza, o lo que sea. Para variar. Naomi se tumba bocabajo con la cabeza entre los brazos. La coreografía acostumbrada, ensayada juntos y con otros, ambas cosas. Qué labios mis labios han. No hay nadie más, podría decir Peter. Alguien, pero no. Lo siento. Te quiero. A ti. A ella. A las dos. No te preocupes. No lo digas. Jesús, no. Jesús nos ordena amarnos los unos a los otros.

Las nueve ya, cuando se marcha. Pasan cuatro minutos. Algo colocado, además, porque se han fumado uno juntos después. Escribe en el recuadro blanco: Llego unos 20min tarde, perdón. Una oscuridad fría se arremolina en torno a la pantalla iluminada. Los árboles mecen ramas silenciosas en lo alto, el tranvía pasa de largo con caras en las ventanas. Bloquea el móvil y se lo guarda en el bolsillo. James's Street de noche. Tiene que apretar el paso para intentar recuperar tiempo. Pero es un placer, ¿a que sí?, una noche fresca de septiembre en Dublín, caminar dando uno zancadas largas y resueltas por una calle tranquila. En la flor de la vida. Es su deber ahora disfrutar de esta clase de placeres pasajeros. Al minuto siguiente podría estar muerto. Cada día le toca a alguien. Y su padre se había ido demasiado pronto, como no dejaba de decir todo el mundo, sesenta y cinco, tenía solamente. Peter está ya a medio camino, treinta y dos años y seis meses. En la mediana edad, según esos cálculos. Es aterrador lo rápido que se desmorona todo. No, dirá, mi padre ya no está con nosotros, me temo. Y la

gente lo lamentará, naturalmente, pero tampoco se extrañará demasiado. Con Ivan es distinto. Casi huérfano, en su caso, teniendo en cuenta el bien que le ha hecho su madre. Por qué se les ocurriría tener hijos, para empezar, Dios sabrá. En el funeral, ella murmurándole: Menuda facha. Y pese a que Ivan llevaba realmente una pinta ridícula, y pese a que el propio Peter había estado pensando apenas segundos antes en la pinta tan ridícula que llevaba Ivan, le respondió: Bueno, puede que esta semana su aspecto no haya sido el tema más importante que ha tenido en la cabeza. Christine le echó una miradita. Traje de falda y chaqueta, de buen gusto, lana merino azul marino. Tú has venido bien vestido, dijo. Con ella siempre era lo mismo. Peter le esquivó la mirada, se centró en Ivan, merodeando desdichadamente solo por la mesa de los sándwiches. Sí, le respondió. Gracias. Pasa por delante del antiguo banco camino de Thomas Street, y la respuesta de Sylvia le vibra en el bolsillo, contra la cadera. Antes tenía un tono distinto para sus mensajes, ¿verdad? En los viejos tiempos. Dublín in the rare old times, etcétera. No recuerda ahora cómo sonaba. Qué marca o modelo de móvil era, cuánto le pesaba en la mano. Estaría ya obsoleto, suponía, no debían de fabricarlo. Ojalá oír ese sonido una vez más, piensa. Sentir que su vida está preservada en alguna parte y no perdida en el olvido, rodeándolo por todas partes, envolviéndolo protectoramente todavía. Viajes en bus a los debates interuniversitarios de buena mañana. Preparándose para la final mientras el público esperaba en sus asientos. Los romperécords. Odiados, los dos, por supuesto. Enamorados el uno del otro y de sí mismos. En la pantalla de bloqueo: No pasa nada. ¿Has cenado ya? Una mujer sensata. Llevaría unos zapatos buenos y robustos, sin duda, y el abrigo caliente de tweed. No. Cuidando de él, nada más. Veinte minutos tarde y quiere saber si ya ha cenado. Veinticinco. Si algo no es, es tonta. A veces cree que la naturaleza y la magnitud de su sufrimiento la han elevado por encima de los disgustos

insignificantes de la mera inconveniencia. Media hora tarde, y qué. Cuando entras y sales del hospital semana sí, semana no, con una aguja en el brazo, no importa demasiado, seguramente. Oír a los médicos hablando de ti detrás de la cortina. Paciente mujer treinta y dos años. Cuadro de dolor crónico refractario tras lesión traumática. Accidente de tráfico. No, sin hijos, vive sola. Y pocos advirtieron. Peter por su parte preferiría morirse que aguantar eso. Sin aspavientos, ponerle fin y punto. Ella debe de saber que hay gente que piensa así. Lo sabe hasta de él, quizás. Pero por otro lado dicen que uno se adapta. La vida de placeres de antes se fue y no volverá: lo acepta, o se engaña, viene a ser lo mismo. La voluntad de vivir es mucho más fuerte de lo que se cree. Fue una especie de muerte, lo que pasó. La especie de muerte a la que uno sobrevive por cortesía, respeto a los otros, por amor desinteresado. Jesucristo también sobrevivió a su muerte. Y se lo honró y exaltó.

Pasa ahora por la facultad de bellas artes, estudiantes pululando con chaquetas vaqueras, botas de agua y medias rotas. Caras adolescentes e indefinidas flotando pálidas bajo la farola. A las puertas de la vida. Sabe que lo miran. Cerebro y hermosura. Intrigadas a su paso. Una cabeza se vuelve para seguirlo. Bueno, bravo por ella, solo se vive una vez. Puede que él haya gastado ya la mitad de sus días. Se permite lanzar una sonrisa por encima del hombro. No es ni guapa, pero por qué no, y ella sonrío también, con la boca torcida. Media hora tarde mínimo. Naomi estaría fuera de sí. Dios, qué asco dan los hombres. La chica aparentaba solo unos dieciséis. Ah, ¿acaso está prohibido sonrío, ahora? A los niños. De hecho, él les sonrío a los niños. Y a la gente mayor. Le gusta transmitirle al mundo en general una cordial disposición. Hasta les sonrío a otros hombres, a veces. Pero de otra manera. No, no es verdad. Les sonrío si hay un motivo. Si los ha oído mal, si se les cruza por delante sin darse cuenta, esas cosas. Sonrío,

sí. A sus rivales y enemigos. Odias a los hombres más que yo, dice Naomi. Obviamente cierto, dado que ella se los lleva a la cama por propia voluntad. Peter solo se va a la cama con gente que le gusta. La mayoría de las mujeres son en último término personas muy agradables. Los hombres, como todo el mundo sabe, son asquerosos. No todos: su padre no, así no. ¿E Ivan? Él es distinto. Antes lo veía como uno de esos seres asexuales de los que hablan. Una especie de ameba amorfa flotando en un frasco. Pero un día Peter llevó a cenar a casa a una novia suya y lo vio mirando. Oye, tu hermano es un poco raro, ¿no? Sí, perdona. Creo que le has caído bien. Luego, claro, fue a la universidad, hizo amigas. Pero la verdad es que sus amigas son... Bueno, da igual. No, dilo. Son ¿qué? ¿Feas? No, son perfectamente guapas, dentro de lo que cabe. Algunas son bastante atractivas en términos de simetría facial. Es falta de gusto, nada más. A Naomi se le caería el alma a los pies. Encima esnob, por si fuera poco. Pero ¿es esnobismo? No es por dinero, no tiene nada que ver con eso. Los pantalones de chándal negros ajustados al tobillo, sin elásticos, eso no lo soporta. Y todo lo que quede por la rodilla, no lo soporta. Buen ojo. Las amigas de Ivan no son feas, para nada, pero el gusto para vestir: criminal. Y la forma de hablar, los gestos. Igual sí que es esnobismo, de otra clase. Son jóvenes inteligentísimas, por descontado. Matemáticas y ajedrecistas. Ninguna ni lo más remotamente interesada en Peter, y el sentimiento es mutuo. Alguna, ahora que lo piensa, puede que esté enamorada de su hermano. Sonríe para sí. Ahí el sentimiento tampoco ha parecido nunca mutuo, pero qué sabe él. Sí que lo pilló mirando a la encantadora Giulia aquella vez. La blusa verde de seda con los tres botones de arriba desabrochados. Madreperla. Los dientes blancos, riendo, una risa romana, sana y sonora. Pasa por delante de la Santísima Trinidad, iluminada de noche, los muros de piedra decolorados de un gris amarillento. Le escribe: Ya llego. No no he cenado, y tú qué? Y ella qué. Sylvia. Para él,

indescifrable. No es muy guapa, en realidad, nunca lo ha sido. Hace que la belleza de los demás parezca excesiva. La cara pequeña y corriente. La ropa siempre correcta, desde luego. A veces saca ideas para regalos que podría hacerle a Naomi: suéteres de cuello alto, chales de seda de colores, una gabardina hasta el tobillo. Pero entonces se da cuenta de lo equivocados que se verían: una chica guapa vestida como una mujer mayor. Anticuada, mojigata. Sylvia nunca, en lo más mínimo. Fue a una de sus clases, en primavera. Una mujer esbelta en lo alto de la tarima hablando de los géneros prosísticos del dieciocho. Hasta el último par de ojos clavado en ella. La voz muy clara y grave. Contralto. Ni un sonido más. Cuando terminó, estallaron todos en aplausos, cuántos, doscientos, más, y ella sonrió y asintió, acostumbrada, seguramente. Puro carisma. Le entraron ganas de decir: La conozco. Fuimos novios. Menudo ridículo, figúrate. Piensa que es interesante hablando de ficción amorosa, deberías intentar llevártela a la cama. Aunque ahora no puede. Ella no puede. Demasiado dolor. Vibra de nuevo: Sylvia ha encontrado mesa en un restaurante italiano de Temple Bar, pasa la ubicación, ¿qué le parece? Responde: Nos vemos en 5. Lord Edward Street de noche, caminando hacia las puertas de la universidad. Escenario de antiguos romances, de festivas borracheras. A las cuatro de la mañana vomitando delante del Mercantile, acuérdate. Una noche, cuando becario. Aún joven. Mezcla la memoria y el deseo. Oscuros pasajes recordados. Cementerio de la juventud.

Esperando la cuenta, siguen hablando mientras él come distraído el último pedazo tierno y aceitoso de focaccia. No se había dado cuenta del hambre que tenía hasta que ha llegado. Y entonces, las cortinas tupidas, el agua con hielo, la luz de las velas, todo conducía a generar apetito. Ahí está otra vez:

condicionamiento. Ella, sentada al otro lado de la mesa, está bebiendo agua. Un leve movimiento muscular de la garganta, blanca, al tragar y luego, dejando el vaso de nuevo en la mesa: ¿Qué vas a hacer con el perro?

Ay, Dios, responde Peter. Ni idea. Christine se encargará de él hasta..., no recuerdo hasta cuándo. ¿El viernes que viene, dijo? O puede que el lunes. Tendremos que pensar algo.

El hombre vuelve con la cuenta, y Peter saca la tarjeta de la cartera, insistiendo, y marca el pin. Ahora, después de cenar, se siente mejor, más relajado. Se da cuenta al fin de lo cansando que está. Un efecto de su presencia: calmar los nervios. Repara en otras sensaciones mientras esperan juntos en la cálida penumbra del restaurante a que el hombre les traiga los abrigos. Había creído en tiempos que la vida debía conducir a algo, que todos los conflictos y preguntas sin resolver iban conduciendo a una gran culminación. Creencias curiosamente infraanalizadas como esa, ahí cimentando su vida, su personalidad. Un apego irracional al sentido. Todo perfecto hasta cierto punto, hasta que surge la cuestión de la constitucionalidad y vuelta a empezar. Sería incapaz de ir a trabajar por la mañana si no creyera que algo significa algo que significa otra cosa. Pero a qué conduce todo esto. Un fin sin final. El hombre ayuda a Sylvia a ponerse el abrigo mientras Peter mira. Más calmado. Conectado a sensaciones más tranquilas. ¿En qué condiciones es soportable la vida? Ella ha de saberlo. Pregúntale. No.

Fuera ha estado lloviendo y las calles mojadas reflejan en fragmentos la luz difusa de los faros, los semáforos, los escaparates. Cajas de pizza vacías tiradas en la pared de enfrente, desintegrándose. Te acompaño a casa. Ella se está anudando la bufanda. Gracias. Se coge del brazo. La mano pequeña y fina casi ingrátida. Los dedos entre los pliegues de su chaqueta. ¿Venías de ver a Naomi? ¿Cómo está? Bien. Sí. Van otra vez hacia Dame Street. Te

gusta. Sí. Le tengo cariño, mucho cariño, muchísimo. Quiere casi, y al mismo tiempo no quiere, contarle a Sylvia lo sucedido, que Naomi, etcétera. Lo de la web y demás. ¿Por qué motivo? Para demostrar que está todo bien: ella, los otros, él mismo, nada de que preocuparse. Las relaciones hoy en día. O, por el contrario, para rapiñar algo de compasión. Humillación sexual, una ligerísima excitación, tal vez. Sylvia le pregunta de nuevo por la situación habitacional de Naomi. Los dueños del edificio habían obtenido antes de la pandemia una orden judicial por la que los inquilinos de entonces debían desalojar la propiedad. Cosa que ya habían hecho por sí mismos: no quedaba ninguno. Legalmente, no debería poder aplicarse a los inquilinos actuales, Sylvia coincide, y aun así. Qué se lo iba a impedir. Siempre está la posibilidad. La Gardaí echa un vistazo al papeleo, dirección correcta y adelante. Da miedo solo de pensarlo. Pero como cojas el camino de demostrar la invalidez de la orden, cartas legales, etcétera, ya les habrás dado más motivo aún para obtener una nueva: y ahí sí que estás jodido. Porque el arrendamiento, nadie ha dicho lo contrario, en el fondo es ilegal. Mejor no hacer ruido y esperar que los dueños se olviden. Además, cuántas fincas tienen vacías ya, habrán perdido la cuenta, seguramente, los parásitos chupasangres. Una conversación que Sylvia y él han tenido muchas veces y en la que esta vez están, como siempre, de acuerdo. Y lo estarían de todos modos, aunque fuese desde una perspectiva puramente ideológica, dado que son los dos miembros de pleno derecho de la misma asociación de inquilinos, y Sylvia preside de hecho uno de los grupos de trabajo. Que Peter mantenga una relación sostenida de ocho meses de duración, sexual y también discretamente financiera, con una de las implicadas en este arrendamiento ilegal concreto no tiene, desde el punto de vista filosófico-legal y socio-político, ninguna importancia. Nunca le habló a su padre de ella, por ejemplo, ni cuando le preguntó. No, ahora

mismo nadie, respondió. La idea de que se conocieran: demasiado terrible. No. Podría haberle dicho que había alguien: nada serio, una chica con la que sale. ¿Habría supuesto alguna diferencia? Literalmente ninguna. ¿A qué viene darle vueltas entonces? ¿A qué vienen estos remordimientos, y por quién? ¿Por su padre, por sí mismo? Es inútil. Deprimido solo de pensarlo. Deprimido en general, probablemente. Los pensamientos traqueteando y retumbando casi sin parar, y luego, cuando callan, espantosamente triste. Mentalmente mal, quizás. Puede que de siempre. La mano pequeña e ingrávida colgada del brazo.

Nunca llegué a conocerlo, en realidad, dice. Lo siento. Estaba pensando. Es triste.

Ella lo mira de reojo. Todo comunicado. Envuelto en la profundidad de su comprensión. Entiendo a qué te refieres, dice. Pero sí que lo conocías. Saca del bolso un sobrecito rectangular envuelto en plástico. Un paquete de pañuelos de papel. Por Dios santo, ¿está llorando? ¿En George's Street? Lo puede ver cualquiera. Lo verá, lo más seguro. Cómo va la vida, Peter, sigues en tribunales, verdad, vi tu nombre en el periódico no hace mucho, bien hecho. Acepta en silencio un recuadro blanco de papel, sonriendo, y se seca la cara: Hm, dice solamente. Ella camina a su lado al mismo paso que él, siempre. Él te quería, le dice. No sabía absolutamente nada de mí, Sylvia. Éramos alérgicos el uno al otro. No tuvimos una sola conversación de verdad en la vida. Dobla el pañuelo y se lo guarda en el bolsillo. Ah, le das demasiada importancia a las conversaciones, dice ella. La vida no es solo hablar, sabes. La mira mientras ella vuelve a cogerlo del brazo. Es un comentario críptico, ¿a qué se refiere? Se echa a reír, más guapa así. Pero ¿a qué se refiere, que la vida no es solo hablar? A los oficios austeros y solitarios del amor, tal vez. A sacar los uniformes del colegio de la secadora el miércoles por la noche, el chandalito color burdeos de Ivan y la camisa y

los pantalones de Peter, calientes, chisporroteando de estática. Y por la mañana calentar la leche al fuego. Con Sylvia al lado por Stephen Street respira ahora el perfume a tubo de escape y aire de noche cerrada. Un consuelo a su manera. Todo cerca de ella lo es. Y por qué. Ya sabe por qué, ¿verdad?, no quiere saber si lo sabe o no. El consuelo de una antigua camaradería, pues. Crea el espacio y el silencio en los que siente al fin lo cansado que está, lo deprimido. Sería mejor tal vez haberse quedado en casa de Naomi, colocándose y jugando al *Call of Duty* con sus compañeros de piso, medicándose para dormir. Aceptar que lo consuelen supone aceptar también que lo necesita. Porque su padre, al que nunca estuvo particularmente unido, ha muerto con sesenta y algo después de cinco años de tratamiento contra el cáncer. Una eventualidad, esperada en su día, y demorada tanto tiempo que empezó a pensar que nunca llegaría, hasta que llegó. Con Peter inexcusablemente desprevenido, no sabía cómo, ante el pronosticado suceso. Convertido, no sabía cómo, en cabeza de una familia que al mismo tiempo había dejado de existir.

Pasan ahora juntos por delante de Saint Stephen's Green, las verjas cerradas, las hojas amarillentas. En su esplendor de otoño. Hablando de alumnos. De las clases de Sylvia. De los seminarios que da él para pagar el alquiler. Peter le pregunta por su amiga Emily y ella le cuenta sonriendo la historia de siempre, más jaleo administrativo en el trabajo, y no ha conseguido encontrar otro subarriendo. Emily, esa académica algo despistada que parece llevar siempre un catarro encima, siempre estornudando en un pañuelo y hablando de Karl Marx. Amiga de juventud, de los viejos tiempos del grupo de debate, aunque no es que se le diese nunca muy bien, siempre desencaminada sin remedio y rechazando toda interpelación. Pasaba un montón de tiempo en su piso, en el de Sylvia y Peter, hasta estuvo una temporada durmiendo en el sofá, cuando él, cuando

ellos dos. Las noches en vela los tres juntos, bebiendo té, discutiendo por tonterías, muertos de risa. Sylvia la amiga serena y templada, Emily la desastrosa. Dice que de momento está en casa de Max, el bueno de Max. Aún lo ve de vez en cuando en casa de Sylvia. Un inútil también en los torneos. Demasiado amable, no lo bastante despiadado, siempre entendía las dos partes. Pero divertido. Como todos los amigos de Sylvia. Con ligereza es como ha de asirse al mundo, con amor pero con ligereza. ¿Has ido hablando con tu hermano?, le pregunta. Ah, bueno, responde él. La vida no es solo hablar, ya sabes. Ella le da un codacito. Es agradable, de hecho, sentirla tan cerca. Está solo, dice Sylvia. ¿No lo estamos todos? Aunque hay que reconocer que Ivan parece estar más solo que la mayoría. Casi espiritualmente solo, además, y puede que esté mejor así. ¿De qué hablabais los dos el otro día?, pregunta Peter. Ah. Me estaba contando... ¿Te refieres en el desayuno? Me estaba contando que tenía un evento de ajedrez en Leitrim un par de fines de semana después. ¿Sabes algo de eso? No. Es una especie de partida de exhibición, y luego impartirá un taller. Estaba pensando en cancelar, con todo el panorama. Pero ha decidido tirar adelante y hacerlo igualmente. Cruzan por delante de las puertas del Cementerio Hugonote. ¿Por qué estaba pensando en cancelarlo? Sylvia levanta la vista hacia él. Pues... En fin, no sé. Porque se acaba de morir su padre. Tuerce el gesto, el ceño fruncido, acalorado, y cansado. La etiqueta del cuello de la camisa le roza en la nuca. Baggot Street iluminada y bulliciosa, demasiado bulliciosa, las luces le deslumbran, es todo demasiado. ¿Crees que está mal?, pregunta. Ella sigue mirándolo, y él trata de sonreír estúpidamente. A ver, es obvio, añade. Creo que está mal, responde ella. Creo que se siente solo. Sí. Ya. Claro. Se van acercando más y más al piso de Sylvia, el punto final, y qué solo se sentirá entonces, o no. Por qué por Dios santo hay tanto ruido de repente. Sylvia, dice. No, espera a que haya más silencio. ¿Sí? Ya

están casi ahí, de todos modos, y podría hacer que sonara más desenvuelto en la puerta. Como si estuviera solo cansado de andar, incluso. Te importaría... No sé. ¿Puedo dormir en el sofá? No... No, no, por Dios, no lo digas: No te tocaré. Calla. Es solo que estoy un poco... Su mano delicada tierna en el brazo sin moverse, quieta, quieta. Todo silencio y quietud concentrados en la punta de su compasivo roce. Por supuesto, dice. Ningún problema. No lo digas. Estoy enamorado de ella. De ti, ojalá. ¿Eso es lo que piensas? En estas condiciones, ¿es soportable la vida? Espera a que abra la puerta. Ella lo comprende y lo sabe todo. Sé amable si lo llamas, dice. Podrías mandarle un mensaje. En qué idioma. 1. e4. Sí, responde él. Tienes razón. Le escribiré. Sí.

2

Ivan está de pie él solo en un rincón, mientras los hombres del club de ajedrez trajinan con sillas y mesas. Los hombres se dicen cosas unos a otros como: Un poco más atrás, Tom. Ojo ahora. De pie Ivan solo, esperando para sentarse, pero sin saber qué sillas hay que colocar bien todavía y cuáles están ya en su sitio. Esta incertidumbre surge porque el modo en el que los hombres están moviendo los muebles no responde a ningún patrón específico que Ivan sea capaz de discernir. Va aflorando una disposición reconocible: una herradura central compuesta por diez mesas y diez sillas a lo largo del borde exterior de la forma, y una zona general de asientos alrededor, pero el proceso mediante el que los hombres están alcanzando esta disposición parece errático. De pie solo en un rincón, Ivan piensa con concentración no particularmente intensa en el método más eficiente de organizarse, pongamos una distribución aleatoria de un número determinado de mesas y sillas en la susodicha disposición de herradura central, etcétera. Es algo en lo que ha pensado antes, de pie en otros rincones, viendo cómo otra gente trajinaba muebles similares por espacios cerrados similares: los distintos enfoques que se podrían emplear, por ejemplo si uno estaba escribiendo el código de un programa informático con el que maximizar la eficiencia del proceso. La precisión de esos hombres en particular, en relación con los movimientos recomendados por

dicho programa, sería, considera Ivan, bastante baja, pero que verdaderamente baja.

Mientras piensa, se abre una puerta –no la puerta principal del centro cultural, sino una especie de salida de incendios más pequeña a un lado– y entra una mujer. Lleva un juego de llaves. Los demás no se inmutan apenas con su llegada: se limitan a echarle un ojo y apartan la vista. Nadie le dice nada. Es probable que se trate de una de esas situaciones que el resto de la gente encuentra comprensibles al instante, y que todo el mundo salvo Ivan haya deducido ya de un vistazo quién es exactamente esa mujer y por qué está ahí. Da la casualidad de ser notablemente atractiva, lo que hace que su presencia en la sala en esa coyuntura resulte aún más intrigante. Tiene buen tipo, y su cara de perfil parece muy bonita. Al cabo de un momento, Ivan ve que los demás, pese a no haber saludado explícitamente a la mujer, parecen comportarse de un modo distinto en su presencia, levantan las mesas con movimientos más vigorosos de brazos y hombros, como si se hubiesen vuelto más pesadas desde que ha entrado. Pavoneándose delante de ella, comprende Ivan: y casi le parece verla sonriendo para sí misma, como si tal vez hubiese llegado a la misma conclusión, o puede que solo porque están todos fingiendo ignorarla. Ahora, notando quizás que Ivan la observa, le devuelve de pronto la mirada, una mirada aliviada de aire amistoso, y con las llaves en la mano se acerca al rincón donde se encuentra él.

Qué hay, dice. Me llamo Margaret, soy miembro del personal. Perdona que te pregunte, pero ¿sabes si ha llegado ya el hombrecito? El genio del ajedrez. Creo que tenemos que echarle un ojo.

Él la mira desde arriba. La mujer ha dicho todo esto en un tono sonriente, divertido, casi disculpándose, como si estuviese compartiendo una broma. Parece algo mayor que él, piensa Ivan, pero no mucho más: treinta y algo, diría. Ah, responde. ¿Te refieres a Ivan Koubek?

Ella lo mira con gesto expectante. Exacto, dice. ¿Está por aquí?

Sí. Soy yo.

La mujer suelta una risita corta y avergonzada y se lleva la mano al pecho con un tintineo del juego de llaves. Ay, Dios mío, dice. Cuánto lo siento. Me he hecho un lío, evidentemente. Pensaba..., no sé por qué. Pensaba que tenías como doce años.

Bueno, los tuve en su día, dice él.

Se ríe de nuevo al oír eso, sinceramente, parece, y la sensación de hacerla reír es tan agradable que también a él se le escapa una sonrisa. Ah, eso lo explica todo, dice ella. No, lo siento, qué tonta. ¿Has llegado bien?

Él sigue mirándola un momento, y luego, como si escuchase la pregunta con retraso, le responde apresurado: Ah. Sí, bien. He tomado el autocar.

Sonriendo aún ligeramente, la mujer dice: Y me han dicho que igual necesitas que te lleve alguien al alojamiento cuando termine, ¿es así?

Ivan se demora otra vez. Ella sigue con la vista levantada hacia él; los ojos amistosos y alentadores. Decididamente, sería muy de baboso por su parte sacar demasiadas conclusiones de ese gesto amigable, puesto que está literalmente trabajando en ese momento, le pagan por estar ahí hablando con él. Aunque también él, se recuerda, está más o menos trabajando, también le pagan por estar ahí hablando con ella, aunque no sea del todo lo mismo. Sí, responde. No sé exactamente dónde está, mi alojamiento. Pero supongo que puedo coger un taxi.

Ella se guarda las llaves en el bolsillo de la falda. No, no, dice. Nosotros nos ocupamos, no te preocupes.

El capitán del club se acerca al fin y se presenta. Se llama Ollie, es quien ha ido a recogerlo antes a la estación de autocares. La mujer dice de nuevo que se llama Margaret, y Ollie señala entonces a Ivan con la mano, diciendo: Y este es nuestro invitado, Ivan Koubek. Ella cruza una mirada

con Ivan, una brevísima mirada de diversión compartida entre los dos, y responde: Sí, ya lo sé. Ollie se pone a hablar con ella del evento, de la hora a la que comenzará y terminará y de la sala que usarán al día siguiente por la mañana para el taller. Ivan los observa en silencio. Ella trabaja aquí, la mujer llamada Margaret, en el centro cultural: eso explica esa especie de aire artístico suyo. Viste una blusa blanca, una falda voluminosa estampada en distintos colores y unos zapatos planos y sencillos como los que llevan las bailarinas. Empieza a visualizar, con ella ahí delante, una imagen mental involuntaria besándola en los labios: no una imagen siquiera, sino la noción de una imagen, algo así como la idea de que será posible visualizarlo en algún otro momento, cómo sería besarla, una promesa de goce, tan solo imaginárselo, algo inofensivo, un simple pensamiento íntimo. Y sin embargo siente también al mismo tiempo el deseo repentino de recuperar su atención en la vida real, cosa que intuye que podría conseguir dirigiéndose a ella sin más, solo con decir algo o hacer una pregunta en voz alta, no importa siquiera cuál.

¿Tú juegas al ajedrez?, pregunta.

Los dos levantan la vista hacia él. Comprende, ya demasiado tarde, que ha sonado raro. Se nota, es visible en su cara, incluso en la de Ollie. Qué raro, preguntarle sin venir a cuento si juega al ajedrez, que ni siquiera tenía nada que ver con lo que estaban hablando. Sin embargo, animadamente, ella contesta: No, me temo que no. No tengo cabeza para esas cosas. Creo que sé cómo se mueven las piezas, y hasta ahí.

Tristemente arrepentido de haber hablado, Ivan asiente.

Ollie señala con un gesto la sala a sus espaldas: No podemos presumir mucho en lo que toca a igualdad de género, desgraciadamente.

Ah, yo no me preocuparía, dice ella. La semana pasada tuvimos aquí un grupo de tricotar y estaban en las mismas. En fin, no os entretengo más. Si

necesitáis lo que sea, estaré arriba en el despacho. Podéis preguntar por mí, me llamo Margaret.

Ollie le da las gracias. Ivan no dice nada.

Ella lo mira y añade: Y buena suerte luego con la partida. Igual me acerco luego a mirar si tengo un momento.

Ivan le devuelve la mirada un segundo más y luego responde: Claro. Gracias.

Margaret sale por la misma puerta lateral y cierra tras de sí. Debe de ser una puerta para el personal y por eso tiene esas llaves, para abrir desde el otro lado. Ivan no cree que vaya a tener un momento para acercarse a mirar. Es decir, seguramente tendrá un momento, pero no dedicará ese momento a acercarse a ver cómo juega él al ajedrez. Tal vez si no le hubiese formulado esa pregunta sí que se habría acercado, porque antes de eso estaban haciendo buenas migas. Ahora seguramente piensa que tiene una fijación psicótica con el ajedrez y que no sabe hablar de nada más: increíble la cantidad de gente que se lleva esa impresión de él. Casi como si pudiera haber en ella algo de cierto.

Buena mujer, comenta Ollie.

Sí, responde Ivan.

Se quedan los dos de pie pegados a la pared, mirando como el resto de hombres colocan las sillas y mesas. ¿Qué significa cuando la gente dice esas cosas, tipo «buena mujer»? ¿Es una manera de decir en clave que esa persona es atractiva? Ivan se pregunta si Ollie habrá experimentado también un sentimiento cautivador cuando esta mujer, Margaret, lo ha mirado a los ojos. Pero entonces ¿por qué ha tardado tanto en venir a hablar con ella? Igual, como Ivan, se pone tímido al tratar con el sexo opuesto. Ollie es bajito y corpulento, y lleva gafas, y puede que ronde los cincuenta. Además, lleva alianza: casado. Cuesta imaginárselo experimentando ningún

sentimiento cautivador mientras habla con una mujer hermosa. Pero la apariencia externa de una persona no marca los límites de sus sentimientos internos, lo sabe. La gente corriente y poco agraciada no está en modo alguno exenta de experimentar pasiones intensas. De todas formas, si la mujer llamada Margaret llevaba alianza o no es algo en lo que Ivan no se ha fijado. En el hecho de que sea tan atractiva es imposible no fijarse: debe de estar cansada de que los hombres se lo digan. Ivan tiene presente que ha de ser incómodo recibir comentarios e invitaciones sexuales no solicitadas, y en una ocasión le ocurrió incluso a él, y también fue un hombre, lo que seguramente no hace más que demostrar la tesis. Por lo que a él respecta, haría todo lo que estuviera en su mano para evitar encontrarse jamás con ese tipo, no porque hubiese pasado nada malo, sino por la mera incomodidad. Así que imagina una mujer atractiva, y que no sea solo un hombre a quien tienes que evitar, sino a casi todos. Ivan reconoce que tiene que ser terrible. Pero, por otra parte, ¿cómo alcanzar una situación mutuamente satisfactoria sin que una de las dos personas le lance a la otra una insinuación que tal vez resulte ser indeseada? Es como el problema de las mesas y las sillas. De un modo caótico y nada eficiente, sin ningún método establecido, se pueden alcanzar soluciones, y es obvio que se alcanzan continuamente, teniendo en cuenta que alguien como Ollie está casado. La gente se conoce, pasan cosas, así funciona la vida. La pregunta, para Ivan, es cómo convertirse en una de esas personas, cómo vivir esa clase de vida.

Oye, dice Ollie, a su lado. ¿Qué te podemos ofrecer antes de que empiece el asunto? ¿Te apetece un café? Aquí enfrente hay una cafetería pequeña que está muy bien.

Ivan asiente despacio. Las sillas y las mesas ya están todas colocadas, diez mesas, uniformemente separadas, diez sillas. Uno de los hombres hasta

ha comenzado a repartir los tableros. Claro, responde Ivan. Un café estaría bien, gracias.

Salgo un momento a buscártelo, dice Ollie. ¿Qué tomas?

Espresso, si tienen. Sin leche ni azúcar. Gracias.

Voy y vuelvo, responde Ollie.

Ivan lo sigue con la mirada mientras cruza la puerta principal hacia el vestíbulo. Enseguida regresará con el café de Ivan, y comenzará el evento, e Ivan jugará diez partidas de ajedrez simultáneas. Le parece, en su experiencia, que es mejor no darle demasiadas vueltas de antemano. Pararse a pensar en la proximidad del evento le genera una intensa sensación física, o mejor dicho una serie coordinada de sensaciones físicas: en el pecho, en las manos, en el estómago, sofocos, presión, náuseas, que se van tornando en mareo, la impresión de que se le nubla la vista, de que le pasa algo en los ojos, y ahí empieza a sentir que está a punto de vomitar. Alguna que otra vez ha terminado en efecto vomitando, después de considerar demasiado a fondo la inminencia inexorable de un evento programado. Por otra parte, no está en absoluto nervioso por la partida de ajedrez. Ese lado será fácil y, lo sabe, en último término agradable. Nada saldrá, ni puede siquiera salir, mal. Esa ansiedad física que acompaña cualquier evento ajedrecístico –partidas de exhibición, torneo– no guarda ninguna relación lógica con el evento en sí, más allá de la cronológica: se manifiesta antes de, y desaparece después. Su mente lo sabe, pero su cuerpo no. Por esta y otras razones, Ivan considera el cuerpo un objeto fundamentalmente primitivo, un vestigio de procesos evolutivos que ha quedado desbancado por el desarrollo del cerebro. Solo hay que compararlos: la mente humana, ingrávida, abstracta, capaz de una racionalidad suprema; el cuerpo humano, pesado, de una concreción deprimente, absurdo hasta decir basta. Hace cosas: nadie sabe por qué. Empieza a atacarse a sí mismo por algún motivo, o a multiplicar

células donde no toca. Sin explicación. ¿Hace eso la mente? No. A ver, en caso de enfermedad mental, vale, piensa Ivan, claro, puede hacer cosas parecidas, pero es distinto. ¿Es distinto? Da igual. La mente de Ivan dista mucho de ser perfecta, y a menudo es incapaz de completar las tareas relativamente sencillas que se le presentan, pero al menos la mente responde a razonamientos. Es sintiente, piensa. El cuerpo es un objeto no sintiente, accionado por una sintiencia que no comparte, igual que un coche no sintiente se mueve accionado por un conductor sintiente. Todo el mundo, más o menos, acepta la muerte tanto del cuerpo como de la mente pasado cierto punto, más allá de los noventa, pongamos, o es como mínimo teóricamente aceptable si no pensamos demasiado en ello. Pero ¿aceptar que, como el cuerpo muere, a la edad que sea, la mente también ha de morir, literalmente en cualquier momento?

El hermano de Ivan, Peter, que tiene treinta y dos años y un doctorado en filosofía, dice que esta escuela de pensamiento sobre la relación entre cuerpo y mente ha quedado refutada. Para Ivan, esto es como cuando la gente dice que ha quedado refutado el gambito de rey. La gente anda siempre usando la palabra «refutado», solo porque ha leído en un foro no sé dónde: Gambito de rey destrozado en un solo movimiento, o lo que sea, y luego resulta que el movimiento es 3...d6. ¡Gracias, Bobby Fischer! Tampoco es que Peter sea de esos que dice algo solo porque lo ha leído en algún foro. Es un hombre adulto con vida social y es posible que ni sepa lo que es un foro. Pero mutatis mutandis. Puede que una vez en una clase oyera que cuerpo y mente ya no se consideran entes separados y fue en plan: listo. Peter es la clase de persona que se desliza por la superficie de la vida sin el más mínimo roce. Habla mucho por teléfono, come en restaurantes y dice que tal escuela filosófica ha sido refutada. En su día, los sentimientos de Ivan hacia él eran más negativos, rayando incluso en la

enemistad declarada, pero ahora definiría esos sentimientos como neutrales. En cualquier caso, tiene que reconocer que Peter ha organizado prácticamente todo lo relacionado con el funeral y demás, mientras que el propio Ivan no ha hecho nada, eso no tiene ningún problema en reconocerlo. Igual tendría que haberse mostrado más agradecido en ese aspecto. Y en cuanto a todo el tema de que Peter pronunciase el elogio fúnebre e Ivan no, fue por acuerdo mutuo. Como es obvio, ahora se arrepiente, lo ha revisado ya mil veces, ese arrepentimiento, pero es culpa suya, no de Peter, no es ni siquiera una culpa compartida, sino exclusivamente suya. No lo pensó lo suficiente, está claro. Pero ¿qué sentido tiene darle más vueltas? No es que su padre vaya a tener un segundo funeral en el que Ivan pueda enmendar su error diciendo todas las cosas que le han venido después a la cabeza. La mente humana, pese a todo el mérito que le acaba de reconocer hace un minuto, a menudo es repetitiva, a menudo queda atrapada en un bucle familiar de pensamientos improductivos, que en el caso de Ivan acostumbran a ser de naturaleza arrepentida. Arrepentimientos sin importancia, como el de preguntarle a esa mujer, Margaret, si jugaba al ajedrez, horrible, y arrepentimientos serios como el de haber rehusado, o más bien no haber sabido decir nada en el funeral de su propio padre. Arrepentimientos serios como el de haber consagrado su vida al ajedrez competitivo nada más que para ver cómo iba perdiendo ELO año tras año hasta el punto en que, etcétera. Ya lo ha revisado todo, la irrecuperabilidad del pasado, lo hecho hecho está, y en todo caso ahora mismo no es el momento. Lo que va a hacer en lugar de eso es comerse una barrita de chocolate que se ha traído en la maleta y beberse una taza de café. Está bien visualizar esas acciones con antelación, cómo retirará el envoltorio de la barrita de chocolate, cómo sabrá el café, si vendrá servido con platillo o solo la taza suelta. Estas son las cosas

apropiadas en las que pensar en este momento: cosas concretas, tangibles, repletas de detalles sensoriales. Y luego comenzarán las partidas.

Cuando Margaret termina de cenar, ya es de noche al otro lado de la ventana del bistro; el cristal de un azul como tinta húmeda. Garrett le pregunta desde detrás de la caja qué es lo que hay montado esta noche, y ella le dice que están los del club de ajedrez. Cada loco con su tema, responde él animadamente. Cada semana, o cada dos, la misma rutina: otro evento, y luego otro desconocido sentado en el asiento del pasajero del coche de Margaret, parloteando de cualquier cosa antes de irse de nuevo. Cómicos, actores shakesperianos, oradores motivacionales. Y ahora jugadores de ajedrez. Qué gracia. Le ha caído bien, a decir verdad, el chico de los aparatos en los dientes. Su equivocación, pensando que era un niño, ahí ha pasado vergüenza, pero él ha hecho una broma, y eso le ha gustado. Algo torpe, por supuesto: esa gente con el cociente tan alto acostumbra a serlo. Aunque, así y todo, piensa, mientras sale del restaurante, abrochándose la gabardina encima del cárdigan, ha sido mucho más educado que los demás, en particular, más que ese entremetido de Oliver Lyons, básicamente bastante desconsiderado. En el jugador de ajedrez, piensa, tenemos un ejemplo de persona simpática y cordial, carente tal vez de ciertas sutilezas sociales, mientras que Ollie Lyons es un hombre que se regodea en ese ápice de autoridad que según cree va aparejado a la capitanía del club local de ajedrez. Fuera está lloviendo, el agua rebosa de los canalones en lo alto, así que Margaret se cubre el pelo con la bufanda. Es curiosa la sensación que ha tenido antes, hablando con los dos, como si ella y el genio del ajedrez estuviesen juntos en un bando y Ollie en el otro. Por qué: el sentimiento de no formar parte del grupo, quizás. Rescata las llaves

del fondo del bolso y sigue caminando de vuelta al despacho. Saluda con la cabeza al hombre ese majo de la panadería, cómo se llamaba, Linda lo debe de saber. Selecciona a tientas la llave de fuera, entra en el edificio y cierra con suavidad la puerta. La lluvia golpetea en el tejado y gotea quedamente de su gabardina a las baldosas mientras recorre un pasillo largo y frío y, tras abrir con llave una puerta lateral, entra en la sala.

Ahí dentro están todas las luces al máximo, y treinta o cuarenta espectadores sentados en un tenso y susurrante silencio. En el centro del espacio, hay una serie de mesas colocadas en una especie de herradura cuadrada, con los jugadores dispuestos a lo largo del borde exterior. Y en el interior del recuadro, el jugador de ajedrez, Ivan Koubek, de pie él solo, encorvado sobre una de las mesas, con un brazo recogido contra el pecho mientras se masajea la mandíbula con la otra mano. Se lo ve altísimo y pálido, cerniéndose así sobre el tablero de ajedrez, mientras que su contrincante, un hombre mayor de tez rubicunda, está sentado cómodamente en la silla. Ivan mueve una pieza –Margaret, de pie en la puerta, no ve cuál– y luego da un paso a la mesa siguiente. Sus manos parecen precisas e inteligentes al tocar las piezas, como las de un cirujano o un pianista. Cuando se aparta, el contrincante se pone a escribir a toda prisa en una hoja de papel. Los espectadores están sentados alrededor en sillas de plástico, atentos, algunos sacando fotos o grabando vídeos con el móvil. La contrincante siguiente es una pequeña, una niña que no puede tener más de once años. Lleva el pelo dorado recogido con un coiletero morado. Cuando Ivan se coloca frente a la mesa, de espaldas a la puerta desde la que observa Margaret, la niña mueve una pieza, y él responde de inmediato, sin tiempo para pensar siquiera. Margaret espera a que pase a la mesa siguiente y luego se escabulle adentro y cierra la puerta con un chasquido. Algunas personas vuelven la vista hacia el sonido, pero Ivan no. Él prosigue en la misma

línea, a veces quieto, sin decir palabra, diez, veinte segundos, sosteniendo la mandíbula en la palma de la mano, y luego mueve una pieza y pasa a la mesa siguiente. Sin apartar los ojos de él, Margaret se sienta en una silla cercana, cuelga la gabardina y la bufanda del respaldo y se coloca el bolso en el regazo.

Cuando examina las mesas, deduce que dos de las partidas ya han terminado. Los jugadores están recostados con cara abochornada en sus asientos, y un rey blanco se alza en el centro de ambos tableros. El rey de Ivan, piensa Margaret, porque juega con blancas, y hasta recuerda a él, alto y delgado, es gracioso. ¿Se verán así los jugadores de ajedrez, como la pieza del rey? Sin embargo, por lo que recuerda ella del ajedrez, el rey es débil y cobarde, y se tira casi toda la partida escondido en un rincón. En la mesa siguiente, Ivan estira el brazo por encima de la cabeza y luego coloca la mano entre los hombros y se masajea la base del cuello con las yemas de los dedos. Tiene dos círculos oscuros de sudor en las axilas. En la sala no hace especial calor, aunque sí hay mucha luz, así que seguramente esté sudando por el mero esfuerzo de concentración. Al fondo de la sala, alguien dice algo que Margaret no alcanza a oír, y le sigue un murmullo de risas. Ollie, que está sentado en una de las mesas, y cuya partida sigue en marcha, se vuelve y lanza una mirada fulminante en dirección a las risas, que se desvanecen en un silencio. De nuevo frente a la mesa de la niña, Ivan mueve la dama y anuncia, con tono inexpresivo: Jaque mate. La niña se vuelve a mirar a dos adultos sentados detrás, un hombre y una mujer, que deben de ser sus padres. Margaret ve que sonrían a la niña y levantan los pulgares al tiempo que le dicen, moviendo los labios: ¡Muy bien! Ella se vuelve de nuevo hacia el tablero, apunta algo en su hoja de papel, la desliza por encima de la mesa y le ofrece a Ivan el bolígrafo. Él se inclina para garabatear algo al pie de la hoja y luego se endereza y le tiende la mano.

Con una sonrisa de oreja a oreja llena de dientes de leche, la niña la acepta y estrechan las manos.

Las partidas continúan en silencio. Un jugador parece rendirse, Ivan y él se dan un apretón de manos, y después de ese, otro: hombres del club de ajedrez que estaban colocando sillas hace un rato. Por último, el único que queda es Ollie. Se ha puesto chaqueta y corbata, comprueba Margaret: antes no llevaba ninguna corbata, pero ahora sí, una roja con rayas claras. Ivan Koubek no se ha cambiado de ropa, lleva la misma camisa de vestir verde claro y los mismos pantalones oscuros. Tiene las zapatillas sucias, y Margaret ve que se le está despegando la suela del zapato izquierdo. Ollie levanta la cabeza hacia Ivan y asiente con un leve movimiento; Ivan asiente también. Anotan algo en la hoja de papel, primero Ollie, luego Ivan, y se dan un apretón de manos. El resto de jugadores empieza a aplaudir, y al momento todo el mundo hace lo mismo. Margaret suelta el bolso que tiene en el regazo para sumarse al aplauso. Deduce por la energía general de la ovación que Ivan ha derrotado a Ollie y ha ganado las diez partidas. Ivan inclina la cabeza para aceptar el aplauso, que se vuelve más sonoro en lugar de apagarse, y alguien al fondo suelta un largo y estridente silbido. Ivan sigue inclinando la cabeza, sonriendo cortésmente sin enseñar los dientes, bañado en los vítores de los espectadores. Ollie se levanta detrás de la mesa y el aplauso va extinguiéndose lentamente. Da las gracias a todo el mundo por venir, le da las gracias a Ivan y lo felicita por una «victoria arrolladora», y tras unos cuantos aplausos y agradecimientos más, el evento llega a su fin. Los asistentes comienzan a levantarse de sus asientos, hablando entre ellos, recogiendo sus cosas, y uno de los hombres del club de ajedrez deja calzada la puerta principal para que el público pueda ir saliendo en fila.

Al levantarse del asiento, mientras se pone la gabardina, Margaret ve que Ivan se ha acercado a hablar con la niña del coletero. Aunque le da la

espalda, lo oye hablar. Has hecho muy buena partida, le está diciendo. ¿Sabes dónde has fallado? La niña niega con la cabeza. Te lo enseño, dice, y así no te volverá a pasar. Y a sus padres: No les importa, ¿verdad? Será solo un minuto. Ha jugado muy bien, por lo demás. Va preparando el tablero mientras habla. A su alrededor, los espectadores se marchan, revisando móviles, subiendo cremalleras. Margaret se ha quedado de pie junto a su silla, acariciando distraída la correa del bolso, con la larga gabardina colgándole holgada, sin abrochar. ¿Recuerdas esta posición?, dice Ivan. La niña asiente, sin apartar la vista del tablero. Al cabo de unos segundos, él le pregunta: ¿Ves ahora por qué ha sido mala idea mover esa torre? Ella levanta la cabeza hacia él y asiente de nuevo. No pasa nada, estás aprendiendo. De verdad que has jugado muy bien. Igual echamos la revancha en un par de años. Los padres de la niña sonrían, él tiene la mano apoyada en el hombro de su hija. Eres muy amable por dedicarle tu tiempo, dice la madre. Seguro que estás agotado. Ivan endereza la espalda. Estoy bien, dice. El padre mira ahora más allá, hacia Margaret. Ivan sigue la dirección de su mirada y la ve allí, de pie. Margaret sonrío, y él sigue contemplándola sin decir nada. Tiene todavía la frente bañada en sudor, se fija ella.

Enhorabuena, dice Margaret.

Ah, responde Ivan. Bueno, ya ves tú. Gracias.

Se enjuga la frente con la manga de la camisa: percatándose de que ella se percata, tal vez. La sala se está quedando vacía a su alrededor, la niña y sus padres se despiden y se marchan. Ivan les responde sin poner atención: Vale, adiós.

Creo que tengo el honor de llevarte, dice Margaret.

Ivan la mira a los ojos, una mirada directísima, intensa incluso, piensa ella: y esa sensación, de nuevo, de estar los dos tácitamente en el mismo

bando. Cierto, responde él. Creo que los demás van a ir a tomar algo, pero me lo puedo saltar, no importa.

¿Te apetecería una copa?, pregunta Margaret. Te mereces una después del rato que has pasado. Me asombra que aguantes en pie.

Él sonríe, enseñando otra vez los aparatos, esos nuevos de cerámica blanca que llevan ahora los jóvenes. Sí, hay que estar todo el rato de aquí para allá, responde. Es lo que dice la gente: por el ajedrez no te preocupes, tú practica lo de andar. ¿Has estado...?, y aquí se interrumpe, con una expresión que es tímidamente orgullosa. ¿Has estado viéndolo, o...?, pregunta.

Margaret siente de pronto una ternura enorme hacia él, una ola de ternura, al verlo tan orgulloso de sí mismo. Ah, me he quedado embelesada, dice. Aunque tampoco es que me enterase mucho de lo que pasaba. Entonces ¿qué, te apetece salir a celebrarlo?

Ivan sigue sin apartar los ojos de ella. Claro, responde. Voy a por mis cosas.

Margaret se acerca al grupo reunido en la puerta. Ollie le comenta que van a ir a tomar algo al Cobweb, y ella dice que se apunta. Conoce a uno de los hombres de verlo por el pueblo, Tom O'Donnell, farmacéutico jubilado, otro se presenta como Stephen, otro como Hugh. Cuando Ivan se les une, abandonan todos juntos la sala. Los hombres hablan de ajedrez, empleando un vocabulario del que Margaret tiene solo vaguísimas nociones –gambitos, sacrificios– y sus voces resuenan en las paredes y el techo del largo pasillo. Pese a que la conversación parece dirigida a Ivan, él va callado, caminando en silencio con su maletita negra. Tiene ruedas, pero no la lleva rodando, sino cogida del asa. Antes de salir a la calle, Margaret apaga las luces y se sube a un pequeño taburete con escalón para activar la alarma, mientras los demás esperan, mientras Ivan espera detrás de ella. Él la está observando,

piensa, pero ¿cómo es que lo sabe sin mirar? Y no mira, lo sabe sin más, como si los ojos de Ivan mandasen alfileres diminutos hacia ella y notase como se le clavan indoloramente en la piel. Lo lamenta por él, ahí rodeado de esos fanfarrones de mediana edad, hombres que lo admiran y al mismo tiempo lo temen y aborrecen, hombres que desean impresionarlo, pero también intimidarlo o ningunearlo. Sin embargo, le parece percibir que Ivan es muy consciente de esta dinámica entre los hombres y él, y que esta conciencia tiene algo que ver con el hecho de que la esté observando en ese momento, mientras activa la alarma. Pero ¿cómo saberlo?, ¿cómo interpretar esa mirada, si él no le dice nada, si ni siquiera parece querer hacerlo?

Fuera, la lluvia ha amainado, apenas una llovizna y las farolas ya están encendidas. El farmacéutico Tom O'Donnell abre el paraguas.

Cuéntanos, dice el hombre llamado Stephen, ¿de dónde viene ese apellido de «Koubek»?

De Eslovaquia, explica Ivan.

No tienes acento eslovaco, dice Stephen.

No, ya, responde Ivan. Yo soy de Kildare. Mi padre era eslovaco, pero se vino aquí en los ochenta. Y mi madre es irlandesa. O'Donoghue.

Están cruzando el aparcamiento, por delante del coche de Margaret, que abre para que Ivan deje la maleta en el maletero. Los demás siguen hablando. A ella se le está mojando el pelo, así que se saca la bufanda y se la anuda cubriendo la cabeza como antes. Ivan cierra el maletero sin dar golpe: Gracias, dice. Margaret siente por un instante el extraño impulso de volverse hacia los otros hombres y decir algo como: He quedado en llevarlo a su alojamiento. Sería, piensa, un comentario extraño. Nadie tiene curiosidad por saber qué hace Ivan metiendo silenciosa y obedientemente la maleta en su coche. Proporcionar una explicación insinuaría que hay algo

ahí que la necesita y evocaría el fantasma de explicaciones distintas, alternativas, que de momento no se le han pasado a nadie por la cabeza. Sería fatal decir eso. No dice nada. Siguen caminando todos juntos por una callejuela pavimentada que lleva al Cobweb Bar, y Ollie le sostiene la puerta a Margaret para que entre la primera.

El bar está caliente y tranquilo. Hay unos bancos acolchados de punta a punta de la pared, con mesas delante, y anuncios antiguos, a media luz. Margaret se quita la bufanda del pelo y deja que se le entornden los párpados mientras inhala la cálida atmósfera familiar. Es viernes, piensa, ha terminado la semana de trabajo, no está tan mal sentarse un ratito con estos hombres en un bar, ser por un rato la única mujer en este espacio acogedor y cerrado. Yo te invito, dice Ollie. Margaret responde que tomará un refresco de limón. ¿Y tú, Ivan?, pregunta Ollie. Doy por hecho que eres mayor de edad, ¿no? Ivan suelta una risa tímida y responde: Sí, tengo veintidós. Ollie pregunta qué le apetece tomar en ese caso, y él pide una cerveza italiana. Margaret deja que la gabardina le resbale de los hombros y se sienta en uno de los mullidos bancos de polipiel, con una mesa baja entre Ivan y ella. Uno de los hombres le pregunta si ha visto las partidas. Ah, sí, menuda actuación, contesta Margaret. Cuando Ollie se levanta para pedir en la barra, los demás se levantan también para echarle una mano, o para insistir en pagar lo suyo, y dejan a Margaret y a Ivan solos en el rincón. El hecho de que los hayan dejado juntos y solos se le hace patente con una especie de sensación insistente e intrusiva, y con intención de entablar una charla trivial, le pregunta: Bueno, ¿lo has pasado mal en algún momento?

Él se queda callado un segundo. Te refieres, como, ¿en la partida de ahora?, pregunta después.

Sí, perdón. A eso me refería.

Sonríe algo cortado y se masajea el hombro con las yemas de los dedos. Claro, evidentemente, dice. No, no lo he pasado mal, la verdad. A ver, alguna vez hago tablas, si hay mucha más gente o los jugadores son muy buenos. Pero con jugadores de clubs locales así no me preocupa. Traga saliva, echa un ojo a la barra, y luego añade, en tono amistoso: Ah, pero no les digas que he dicho eso, mejor.

Ella sonríe también, por esa ojeada a la barra, por ese tono amistoso, casi cómplice. No, no te preocupes, responde. Entonces, ¿nunca pierdes una partida?

¿De exhibición? No pasa muy a menudo, porque solo juego con gente por debajo de cierto ELO, bastante inferior al mío. Pero pierdo en torneos, eso sí. Cada dos por tres. No soy, en fin, lo que se dice tan bueno.

Ella se echa a reír, y él la acompaña con una sonrisa, que Margaret encuentra tierna: el placer genuino que le reporta ser divertido. Cuesta creerlo, dice.

Ivan baja la vista a sus manos. Tiene las uñas mordisqueadas, se fija ella. Bueno, quiero decir relativamente, y examinando todavía sus manos con el ceño fruncido, añade: No tenemos por qué hablar de ajedrez, por cierto. Ya sé que no juegas.

No, pero siempre es interesante oír hablar a los demás de las cosas que les apasionan.

Él levanta de nuevo la cabeza. ¿Sí?, pregunta.

Margaret, indecisa, sonriente, le responde: ¿No te lo parece?

No sé. Para ser sincero, no me lo había planteado nunca. Pero lo pensaré, ahora que lo has comentado. Supongo que depende de a qué te refieras con «apasionar». A mí me parece que alguna gente puede llegar a ser muy pesada hablando, pero igual es porque, en el fondo, no les apasiona lo suficiente. Sonríe de nuevo: No tengo claro ni que a mí mismo me apasione

tanto el ajedrez, añade, pero supongo que todo el mundo debe de pensar que sí.

¿Y qué es lo que te apasiona, crees tú?

Él se ruboriza. Margaret ve, aun a la penumbra, cómo se sonroja, y lo oye decir algo que suena a: Hmmm. Alarmada, lo interrumpe con jovialidad impostada, demasiado alto: Déjalo, no hace falta que me lo digas. Y luego se arrepiente también de haber dicho eso. Los otros vuelven finalmente de la barra. Ollie se inclina para alargarle a Margaret un vaso frío y húmedo: Un refresco de limón para la señora. Toman asiento en torno a la mesa, bebiendo y charlando, pero Ivan no dice nada, tiene los ojos clavados en el perfil de Margaret, que le esquiva la mirada. Tal vez la esté observando porque no sabe qué otra cosa hacer, piensa ella, porque se siente incómodo o no está a gusto. Tal vez busca llamar su atención porque quiere decir algo en concreto, y Margaret, evitándolo, no hace más que prolongar ese lapso en el que Ivan considera necesario seguir mirándola. O tal vez —la idea se cuelan a la fuerza en sus pensamientos—, tal vez la mira por motivos sexuales. No es posible para Margaret excluir por completo de su vida esa clase de pensamientos, por mucho que lo desee en determinadas circunstancias. Se cuelan ideas vergonzosas, tristes, incluso obscenas e inmorales. La mayor parte del tiempo es capaz de ir por la vida interaccionando gratamente con las personas que la rodean, grata y superficialmente, sin pensar ni querer pensar jamás en la personalidad sexual, profunda y encubierta con esmero, del resto de la gente. Pero no es factible ignorar siempre hasta ese punto a los demás, los aspectos ocultos de sus vidas. Este chico con aparatos en los dientes, que se pasa los fines de semana viajando a centros culturales para jugar al ajedrez frente al público, llevando a cuestas una maleta barata de color negro que deja en un rincón, este chico también tiene pensamientos y sentimientos sexuales, casi seguro,

casi todo el mundo los tiene, en particular a los veintidós años. Sigue mirándola todavía. ¿Por qué ha usado el verbo «apasionar» hablando con él? ¿Y por qué lo ha repetido él tantas veces, tres, o puede que hasta cuatro? ¿Es o no es el verbo «apasionar» un elemento obsceno del vocabulario, básicamente? No, no lo es. Pero ¿y una especie de tirita colocada sobre un elemento del vocabulario que sí es en efecto obsceno? Puede ser, sí. Una palabra por la que corre la sangre, una palabra roja. En una conversación casual es mejor usar palabras grises o beiges. ¿De dónde ha salido, pues, esto de «apasionar»? Sabe de dónde. De la sensación, firmemente reprimida, y presente desde el primer momento, de que cuando él la mira, cuando le habla, se está dirigiendo no solo a regiones superficiales de su personalidad, sino a las profundas y ocultas: sin que sea intencionado, sin que sepa cómo evitarlo. Cuando la mira, sus ojos transmiten: Sé que eres una persona con deseos, y yo también, aun cuando sea incapaz de hacer nada con esta información. ¿Lleva ella todo este rato disfrutando, inconsciente, consciente a medias, de la pequeña interacción entre sus respectivos roles? La impaciencia reprimida pero perceptible de él hacia el resto de los hombres, su atención hacia ella, sus miradas silenciosas y penetrantes, el color que le acaba de asomar a la cara. A su lado, los demás están hablando de un jugador de ajedrez famoso del siglo XIX. Sabéis que era irlandés, dice Ollie. Su padre era irlandés. Murphy. Los otros le rebaten. Ivan va bebiendo del vaso sin dejar de observar a Margaret, que siente todavía la presión de su mirada a un lado de la cara mientras continúa fingiendo que escucha, fingiendo que sonrío. Al fin, se vuelve y sus ojos se encuentran. Se miran el uno al otro sin decir nada. Ambos, no podría estar más claro, en el mismo bando, al margen del resto. Ivan deja el vaso en la mesa. Se aclara la garganta y anuncia a los demás: Bueno, gracias. Nos vemos por la mañana. Pero quieren felicitarlo de nuevo, darle unas

palmaditas en la espalda, y de todos modos Margaret también necesita un minuto para volver a ponerse la gabardina y coger la bufanda, colgada del respaldo de la silla.

Salen juntos del bar y se sumergen en la calle oscura con la lluvia cayendo alrededor. Por un momento, sin hablar, sin mirarse siquiera el uno al otro, caminan lado a lado, y así es sencillo, y correcto. Margaret le pregunta dónde se aloja, y él saca el móvil para mostrarle la dirección, que cae en un complejo turístico a orillas del lago. En el aparcamiento, desbloquea las puertas del coche y entran los dos cerrando tras de sí, y todas sus acciones y sus gestos son los que resultan estrictamente necesarios tras subir al coche: meter la llave en el contacto, encender las luces, abrocharse el cinturón. Estas acciones se ejecutan más o menos por sí solas, de manera ritual, y no tiene ninguna decisión que tomar, nada en absoluto que hacer, salvo sentirse y observarse a sí misma echando un vistazo al retrovisor, salir marcha atrás de su plaza. Ivan va sentado con las manos en el regazo sin decir nada. Fuera, el aparcamiento reluce a la escuálida luz anaranjada de las farolas, el pavimento espejeante y moteado. Activa los limpiaparabrisas y estos chasquean y restriegan rítmicamente la luna delantera. Siempre está llevando a gente a casa, o dejándolos en la estación, juntos en el coche, así, charlando de algo. Es trabajo y punto. Y si Ivan no quiere charlar, si quiere ir ahí sentado mirándose las manos y luego a ella y luego otra vez las manos, perfecto: solo tiene veintidós años, posee un gran talento para un determinado juego de mesa y, a fin de cuentas, no existe ningún protocolo estipulado para esta situación. Metido en el coche de una mujer mayor que tú tras un evento público presumiblemente agotador, de camino a tu alojamiento con una maletita negra: nadie viene a enseñarte cómo hay que comportarse en tales circunstancias. Si quiere ir callado, examinándose las uñas mordisqueadas, estupendo, ningún problema. Ella también va callada,

claro está, no tiene nada que decir. Salen de la carretera principal y enfilan un caminito que lleva a las cabañas turísticas, con la grava crujiendo ruidosamente bajo los neumáticos del coche de Margaret. Ella no ha hecho nada mal, no ha hecho nada, directamente, más allá de lo necesario a efectos de llevar a Ivan desde el bar hasta el complejo turístico. Si acaso ha cometido un pequeño desliz en la conversación de antes, pero si ha usado una palabra o expresión algo equívoca al preguntarle qué era lo que le apasionaba, es algo perdonable, incluso refutable, según cómo, porque es subjetivo. Detiene el coche frente a una de las casas, un bungalow blanco con la pintura desconchada y las ventanas oscuras.

Ya estás, creo, dice Margaret.

Es la primera vez que uno de los dos habla desde que han subido al coche, y su voz tiene un timbre comprimido dentro de ese espacio estanco. Ivan mira el bungalow por la ventanilla.

Gracias, dice.

Ella le responde que de nada. Ivan asiente, y una vez más se vuelve a mirarla.

¿Te apetece pasar?, pregunta.

Continúa mirándola, con gesto vacilante, como pidiéndole perdón por preguntar, mientras espera a que responda. Hay un aire tremendamente vulnerable en sus ojos, en el tono de su voz. ¿Hay algo que pudiera decir para explicarse? De su trabajo, y de los muchos años que le saca, y de su situación personal. Sus explicaciones sonarían falsas, sin embargo. Nadie, cuando lo rechazan, cree que se deba de verdad a motivos ajenos. Y casi nunca se debe a motivos ajenos, porque la atracción mutua –lo cual tiene lógica, desde el punto de vista evolutivo– es sencillamente el motivo más poderoso para hacer cualquier cosa, se impone a todos los principios contrarios y hace que se esfumen. Deja que los ojos se le vayan una

fracción de segundo a las manos de Ivan, que descansan en su regazo: unas manos bonitas, delicadas, se ha fijado antes, mientras jugaba al ajedrez.

Vale, responde.

La casa es húmeda y fría, y todas las habitaciones están a oscuras. Ivan entra la maleta mientras Margaret busca un interruptor en la entrada. Se enciende en el techo una bombilla pelada, sin pantalla; junto a la puerta, en un rincón, el papel pintado está lleno de moho. No es lo que yo diría un palacio, dice ella, en tono distendido. La reserva la hizo el club de ajedrez, por cierto, no nosotros. Él sonríe, enseñando de nuevo los aparatos. Me las he visto peores, responde. A veces tengo que dormir en el suelo de alguna casa. Margaret cuelga la gabardina y la bufanda, y él deja la maleta. Cruzan juntos el pasillo hasta un salón con minicocina. Ivan enciende la luz esta vez. Hay un sofá de tela roja, una mesita de comedor y una puerta corredera que da a un jardín trasero. Margaret va a echarle un vistazo a la cocina, y él se acerca también. En un estante, encima del microondas, hay una caja de té y una lata de café instantáneo, y alguien ha dejado incluso leche y mantequilla en la nevera.

Me pregunto si vendría Ollie a abastecer la cocina personalmente, dice Margaret. Me da a mí que lo tienes coladito.

Ivan se echa a reír, parece satisfecho. Se le notaba contento con la partida, dice. Y es un poco triste, porque lo cierto es que ha cometido un montón de fallos.

Tú no eres profesional, ¿verdad? Es decir, no te dedicas a jugar a tiempo completo.

Él responde que no, pero que sí que cobra por las partidas de exhibición, y por enseñar. Luego se aclara la garganta, pero no dice nada más. Margaret recuerda cuando la ponía nerviosa tratar con hombres, de joven; aunque, por supuesto, para las mujeres es distinto. Imposible imaginar a una chica

de veintidós años comportándose como se ha comportado Ivan hoy, como se está comportando aún ahora mismo. No es que parezca más poderoso o más dominante que una chica, para nada: parece, más bien, que haya asumido la responsabilidad exclusiva de lo que resulta para él una tarea difícilísima: la tarea, a no ser que esté equivocada, de seducir a una mujer mayor que él a la que acaba de conocer, y da la impresión de sentirse irritado consigo mismo por no saber cómo llevarla a cabo, irritado y culpable. Esos sentimientos no surgirían en una mujer joven. Sentimientos distintos, igualmente desagradables, pero distintos. Por otra parte, ¿no está Margaret interpretando su papel en estos sentimientos, en este teatro? ¿No es, al fin y al cabo, un teatro con dos actores principales? No se ha ofrecido, cae en la cuenta, a asumir ninguna responsabilidad compartida para el logro de la tarea que se ha marcado Ivan. Entrando en la cabaña ha dado a entender que tal vez esté dispuesta a que la seduzcan, pero no le está prestando ninguna ayuda en el camino al éxito a ese respecto. Ayudar, no obstante, supondría un perjuicio evidente para su dignidad, mucho mayor del que supone la presente situación para él. Le pregunta si va a la universidad, y él le cuenta que acaba de terminar la licenciatura en física teórica. Se hace otro silencio. La casa está fría, nota la espalda fría contra la puerta del frigorífico.

Siento actuar tan raro, dice Ivan.

No me lo parece, la verdad.

Bueno, desde luego, mucho más que tú, responde él. No sé, cuando hablas, todo lo que dices suena muy normal y, como, fluido. Yo no consigo jamás que las palabras me salgan tan fluidas. Eres el tipo de persona que se puede acercar a alguien directamente e iniciar una conversación. Es muy... Se interrumpe, y tras una pausa sigue hablando: Iba a decir, es muy atractivo, pero igual no debería.

Margaret aparta la vista, extrañamente turbada ahora ella, al final. Ah, dice. Bueno, no sé.

Él se está mirando otra vez las manos, examinando los muñones rosados de las uñas. Perdona, dice. Está claro que solo porque seas amable conmigo no significa que... en fin. Me ha cruzado por la mente, o lo que sea, pero es una tontería. En plan: sí, Ivan, estoy seguro de que le ha parecido de lo más guay y sexy cuando les has ganado al ajedrez a esos tíos mayores.

Margaret percibe una sensación curiosa, desenfadada, divertida en sus palabras: como si, tras llegar a la conclusión de que las negociaciones han fracasado, solo quisiera demostrar lo bien que acepta la derrota. No solo tíos mayores, dice ella. También le has ganado a una niña de diez años.

Ivan suelta una risita. Sí, no era demasiado mala para su edad, dice. Pero ha cometido un error garrafal. De hecho, me he acercado a hablar con ella al terminar. Han tenido tres o cuatro movimientos inteligentes y luego un fallo horroroso.

Supongo que tú solo haces buenos movimientos.

No cometo fallos horrorosos, responde él.

Yo sí.

Ivan la mira y comienza a sonreír de nuevo: reconsiderando, piensa ella, la presunción de fracaso. Ve a la luz tenue del techo el alambre de los aparatos, húmedo y reluciente. Vale, dice él. Interesante. Me parece muy interesante.

¿Estás seguro de que tienes veintidós años?

Sí, seguro. ¿Quieres que te enseñe el carnet?

¿Te importa?

Se lleva la mano al bolsillo, saca la cartera y le muestra el comprobante de edad. Margaret ve que la mano le tiembla un poco.

La fotografía no es muy buena, dice Ivan. O, yo qué sé, igual es que soy así.

Ella saca la fina tarjeta de plástico de la cartera y la inspecciona a la luz. Nacido en 1999, dice. Dios. Yo empecé la carrera en 2004.

¿En serio? ¿Qué edad tienes entonces? Treinta y cinco.

Treinta y seis, responde. Sigue mirando la tarjeta, la pequeña imagen del rostro de Ivan, grave y serio. La verdad es que sí que me dejó impresionada que ganaras todas esas partidas de ajedrez, ¿sabes?, dice. Me pareciste sofisticado.

Ivan responde con una sonrisa tonta y dulce: Ah, ostras. Gracias por decirme eso. Yo desde luego no me siento nada sofisticado. Pero es guay que seas tan amable.

Margaret le devuelve la tarjeta y él la guarda en la cartera.

¿Tus padres juegan al ajedrez?, le pregunta.

Bueno, no, la verdad, responde Ivan. Mi madre, nada de nada. Y mi padre sí que jugaba un poco, pero, de hecho, eh..., acaba de morir. Muy recientemente, hace como tres o cuatro semanas. Cuatro, diría.

Dios, Ivan. Lo siento muchísimo.

Ya. Tenía cáncer desde hacía mucho. Así que no fue inesperado.

Margaret lo está mirando, pero él tiene los ojos clavados en el suelo.

Mi padre..., dice ella. No es que sea lo mismo, lo siento. Pero mi padre murió hace un par de años. Imagino cómo debes de sentirte.

Ivan levanta la vista, los ojos calmos y oscuros, y Margaret lo siente muy cerca.

Es duro, responde él. Y, como, extraño, o algo. No sé si tú sentiste eso.

Desde luego.

Mis padres estaban separados, además. Yo vivía sobre todo con él. Pero no te voy a contar mi vida entera, perdona.

Nada que perdonar. ¿Tienes hermanos?

Un hermano mayor. Mucho mayor, en plan, diez años. Pero no tenemos mucha relación ni nada. Antes de que Margaret pueda responder, Ivan se aclara la garganta y añade: Él sí que... Me preguntabas si alguien más en mi familia jugaba al ajedrez. Mi hermano juega, pero no es muy bueno.

Ella sonríe, cautelosa. Ajá, dice. En comparación contigo, supongo que no.

Exacto. Aunque, si te interesa saber algo triste, yo toqué techo hará ya unos cuatro años. Fui muy bueno durante un tiempo, o sea, realmente bueno. Pero ya no soy capaz de jugar así. No sé por qué. Me deprimó cuando lo pienso. Sueñas con que no dejarás de mejorar y mejorar, y luego a la hora de la verdad empiezas a ir a peor, y ni siquiera sabes por qué. ¿Te estoy aburriendo?

Margaret le responde que no. Ivan se mira de nuevo las manos.

No sé, dice. Lo único que me he dicho a mí mismo en el coche ha sido: si entra contigo, no te pongas a hablar de ajedrez. Ya ocupa una parte demasiado grande de mi vida, para ser sinceros. O sea, si te digo la pura verdad, le dedico demasiado tiempo, porque ni siquiera soy tan bueno. Me pone muy triste reconocerlo, pero es así. Me dijo un montón de gente que estaba dejando que me consumiera demasiado tiempo, y yo pensaba que no lo entendían. Pero ahora pienso: igual sí que he desperdiciado años de vida. Cuando otros salían a divertirse, a echarse novias o lo que sea, yo me quedaba en casa básicamente leyendo. Hay que estudiar mucha teoría de aperturas: es el comienzo de la partida, los primeros movimientos. Que todos los ha hecho alguien antes, así que solo te los tienes que aprender. Ni siquiera es que sea muy interesante, pero hay que hacerlo. Total, que tienes todas esas aperturas que salen de los libros, y todas esas estrategias para el final de partida que, sinceramente, son un poco un montón de fórmulas, y te

aprendes todo eso ¿para qué? Nada más que para intentar conseguir una posición decente en el medio juego y jugar una partida digna. Cosa que tampoco consigo la mayoría de las veces. A veces pienso: si pudiera volver a los quince años, lo dejaría. En aquella época ya era bastante bueno, no he mejorado mucho más. Y podría haber aprovechado el tiempo para tener vida social. Yo no me acuesto cada noche en la cama pensando en ajedrez, ¿eh? No voy a entrar en detalles sobre lo que pienso, pero ya te digo que no acostumbra a tener nada que ver con el ajedrez.

Margaret sonrío mientras lo escucha, asintiendo, pero las palabras de Ivan le despiertan una sensación extraña, una sensación en la boca del estómago.

Pero ¿no te parece que lo has disfrutado?, pregunta. Todo el tiempo que has pasado practicando, ¿no crees que te ha hecho feliz a veces?

Ivan responde con cara apenada, toqueteándose la uña del pulgar: Sí, también está eso. He ganado muchas partidas. Y he competido en torneos importantes, he derrotado a buenos jugadores. He jugado un buen ajedrez. En una o dos partidas, diría, más que bueno. Ese es el otro lado. Tienes razón. Y si lo hubiese dejado a los quince y hubiese intentado ser más sociable y hablar más con chicas, igual tampoco habría funcionado. Ya me entiendes, no creo que me hubiese convertido en un tío superpopular solo por dejar de jugar al ajedrez. Puedes acabar loco pensando en cómo podrías haber hecho las cosas en el pasado. Pero a veces pienso que, en realidad, no tengo ese poder sobre mi vida. O sea, no me podía montar una personalidad nueva de la nada. Y las cosas iban pasando.

Margaret se queda callada cuando él termina de hablar, con la mirada clavada en el suelo, simple linóleo amarillo.

¿Ahora sí que te he aburrido?, pregunta Ivan.

Para nada, responde ella al cabo de un segundo. Es verdad que puedes acabar loco pensando en cómo podrías haber hecho las cosas en el pasado.

Yo también acabo loca pensándolo.

Ivan la está mirando, lo sabe. ¿Sí?, pregunta. ¿Por qué?

Cuando tenía tu edad... No, un poco mayor que tú. Con veintitantos, conocí a alguien. Y luego nos casamos. Legalmente, lo seguimos estando, porque es todo muy complicado. Pero ya no vivimos juntos. Es lo que tú dices, puedes acabar loco pensando en estas cosas. En las otras vidas que podrías haber tenido. Y la vida que tenías, cuando se acaba, ¿adónde va? Es decir, ¿qué se supone que tienes que hacer con ella? En fin. Es una suerte que le estés dando vueltas a todo esto ahora que solo tienes veintidós años. Cuando yo tenía tu edad, la vida no había ni empezado a sucederme todavía. No recuerdo casi nada de antes, sinceramente, esa es la verdad. ¿Sabes?, todo el mundo con veinte años tiene esos problemas de los que hablas: sentirse excluido, pensar que no le caes bien a la gente. No son problemas graves, a tu edad, aunque lo parezcan. Tal vez te mueves a una longitud de onda distinta de algunas chicas que has conocido en la universidad. Pero te lo digo: eres muy atractivo. De verdad. Las mujeres se van a enamorar de ti, créeme. Ahí es cuando empiezan los problemas.

Levanta la vista y lo encuentra mirándola, una mirada callada e intensa. Intenta reír, y su risa tiene un aire indefenso. Margaret, dice Ivan, ¿te puedo dar un beso? Ella no sabe qué hacer, si reír de nuevo o echarse a llorar. Vale, responde. Ivan se acerca a ella, apoyada de espaldas en el frigorífico, y la besa. Nota su lengua deslizándose entre los labios. Ivan se aparta levemente y murmura: Perdona por los aparatos, cómo los odio. Ella le dice que no se disculpe. Entonces la besa de nuevo. Es, por descontado, una situación terriblemente bochornosa: una situación que parece despojar de significado su vida entera. Su carrera profesional, ocho años de matrimonio, lo que quiera que crea sobre sus valores personales, todo. Y, sin embargo, aceptando la premisa, permitiendo que la vida no signifique nada por un

momento, ¿no se está sencillamente *a gusto* en los brazos de esta persona? Sentir que la desea, que lleva toda la noche mirándola y deseándola, ¿no es agradable? Encarnar la clase de mujer que él creía fuera de su alcance: incorporar esa mujer dentro de sí y dejar que la consiga. Apretado contra ella, el cuerpo delgado, tenso, tembloroso. ¿Y si la vida no fuese más que una sucesión de experiencias en esencia inconexas? ¿Por qué una cosa tiene que seguirse coherentemente de otra?

En el dormitorio, el cristal de la ventana está empapado de condensación. Ivan tiene que ponerse de rodillas en el colchón para bajar la persiana. La luz del techo está apagada, pero han dejado encendida la del recibidor, la puerta entreabierta. Margaret se sube a la cama con él, se tumban los dos juntos. Las sábanas de la cama están frías, puede que húmedas, o puede que solo muy frías. Le desabrocha el cárdigan, la blusa, y luego ella lo ayuda con el cierre del sujetador. Está sudado, lo nota: las axilas, la frente, una ráfaga de calor. Margaret busca su boca con los labios y se besan una vez más. Él envuelve su pecho derecho entre los dedos de la mano izquierda; el pezón erguido bajo la yema del pulgar, duro, rozándole. A Margaret se le escapa el aliento casi dentro de su boca, un suspiro, como si le gustara que la toque así. Quién sabe explicar tal cosa, y para qué intentarlo siquiera: un entendimiento compartido entre dos personas. El calor de su aliento en los labios cuando ella suspira, y cuando la besa de nuevo, un gemido ahogado en la garganta. Lleva los dedos a la cremallera de su falda y ella le deja, levanta las caderas de la cama para ayudarlo a quitársela. Se queda ahora, tumbada de espaldas, con solo unas braguitas altas y negras. Eres preciosa, dice él. O sea, obviamente. Supongo que te lo dicen cada dos por tres. Ella suelta una especie de risa y se encoge de hombros. Bueno, no, responde.

Pero tampoco es que haga mucho estas cosas. Ivan se sienta de rodillas para contemplarla. Ya, dice. Ni yo. Ella lo mira también, con los ojos brillando tenuemente en la semioscuridad del cuarto: No eres virgen, ¿verdad, Ivan? Espero que no te moleste que lo pregunte. Él traga saliva, riendo, y la risa se le queda atrapada en la garganta. No, responde. La verdad es que no, pero no pasa nada. Supongo que se me ve un poco nervioso. Margaret sonríe con dulzura: No te preocupes, dice. Yo también estoy un poco nerviosa. Una sensación curiosa asoma en su interior cuando la oye decir eso: una especie de ansia placentera, una extraña y ansiosa expectativa de placer. Roza con los dedos el algodón negro de sus bragas, húmedas, y ella suelta de nuevo un gemido agudo, cerrando los ojos. ¿Qué es lo que te pone nerviosa?, le pregunta. Ay, Dios, yo qué sé, responde Margaret, con una risa entrecortada. No sé qué debes de pensar de mí. La misma excitación ansiosa lo recorre de nuevo, y se descubre respondiéndole sin pensar conscientemente, una respuesta rápida y casi ininteligible: No, no te preocupes. Me gustas mucho. No te preocupes para nada por eso. Por debajo de las bragas, sus dedos, mojada, agarrada a la funda de la almohada. En este momento, acariciándola, viendo cómo tiemblan sus párpados cerrados, la desea tanto, siente una ola de deseo tan violenta, casi dolorosa, que piensa que incluso la perspectiva cada vez más probable de tenerla, de estar dentro de ella, al cabo de solo unos segundos o minutos, quizás no baste calmar por completo ese deseo. Su boca, mojada, abierta así, desea, y hacer que se corra, sentirlo cuando esté dentro, cuánto lo desea, Dios santo. Está sudando muchísimo, tiene que secarse la frente con la muñeca, el labio superior empapado, y eso lo pone otra vez nervioso, como si igual fuese repugnante sudar tanto, o sudar, directamente. Ella no suda, pero está muy muy mojada, dentro, donde llega la caricia de sus dedos, mojada y gimiendo desde la garganta. ¿Tienes un condón?, pregunta. Ella

preguntando eso, Dios mío. Ivan sigue acariciándola: Sí. En la maleta. Y al segundo añade: Creo que lleva ahí bastante tiempo. Como un año, tal vez. Pero no pasa nada, ¿verdad? Margaret se lleva la mano a la cabeza, se toca el pelo, medio sonriendo. No soy ninguna experta, dice, pero diría que tiene que llevar una fecha de caducidad. Saca la mano de debajo de sus bragas, mojada, y ella suelta una especie de quejido. Ah, perdona, se oye decir a sí mismo. Me encanta tocarte así. Ella hace otra vez ese ruidito y se tapa la mitad de la cara con la mano: Me gusta mucho, dice. Si ahora mismo se rozase contra él lo más mínimamente, solo que le rozase ahí con la mano, Ivan seguramente se correría. Oh, no. ¿Y si no es capaz de hacer nada?, imagínate. Ella sería exageradamente amable, lo más seguro. Ivan se levanta de la cama y va al recibidor, donde su maleta descansa en el suelo, debajo del perchero. Hay mucha luz ahí, con la bombilla encendida: y silencio, también, y frío. Baja la cremallera del bolsillo delantero y saca el sobrecito de bordes serrados que le dieron gratis en la universidad hace un par de años, sin marca. En pequeñas letras negras de puntos, la fecha de caducidad indica: 07/25. Se lo guarda en el bolsillo y vuelve al cuarto, diciendo: Sí, la he mirado, está bien. Cuando se sube a la cama, ella empieza a desabrocharle la camisa, sus pechos subiendo y bajando al ritmo de su respiración, leve y superficial. Cuánto le ha gustado que la acariciara, piensa Ivan: pero y si ahora es diferente, y si no está tan bien. Callado, aprisa, termina de desnudarse y se coloca el condón. Lo ayuda a quitarle las bragas. Ricitos oscuros, empapados, y ella clava la cabeza en la almohada, susurrando: Oh. Decepcionarla de esa manera, piensa. Margaret tiene un brazo cruzado sobre el cuerpo. Ivan se pone encima de ella y busca de nuevo su boca, entreabierta. De verdad que quiero que te guste, dice. O sea, me está empezando a preocupar un poquito. La idea, ya sabes. Ella levanta la vista hacia él como si le hiciese gracia y sonrío. Ajá, responde. Pero es

bueno y normal preocuparse por eso, ¿no? Él se ríe, se oye a sí mismo riendo. Ah, ¿sí?, dice. Vale. Pero, aun así, es lo que siento. Aunque sea normal, sigo estando preocupado. Margaret desliza el brazo entre sus cuerpos, y con la palma de la mano, caliente, lo acaricia y dice: No pasa nada. Y no pasa nada, piensa él. Es la historia de la vida humana. De todos sus ancestros, de los suyos, y de los de ella también. De la vida misma, un misterio pasajero. Entra al fin, muy fácilmente. Ella suelta un grito ahogado, se aferra al brazo de Ivan, susurra algo. Su nombre. La oye. Cierra los ojos enseguida para no ver. Margaret levanta un poco las caderas de la cama, deseando lo mismo que desea él. Dios, dice Ivan. Joder. Está casi a punto, solo de sentirla tan mojada y respirando agitada. Más adentro, lo quiere ella, y cuando se lo da así le gusta más, lo nota. Intenta recordarlo todo, piensa. Cada respiración exacta. Sus labios en el cuello, murmurando otra vez: Ivan, oh, Dios. Porque le encanta. Él se muerde un momento la lengua. Le encanta decir su nombre, por ejemplo. Y así, tan mojada, y jadeando: le gusta. Sí, estoy como..., dice él, un poco preocupado por sí, eh... Se miran. Ella tiene la cara caliente y encendida, como él, y le dice: No pasa nada, no te preocupes. Está muy bien. Palpitando dentro de ella, y mojada, se lo dice. Al tiempo que cierra los ojos se oye a sí mismo lanzando un grito, parece, la cabeza le da vueltas, puntitos detrás de los párpados, siente que se desmaya, y dice de nuevo: Joder. Se acaba. ¿Cuánto?, un minuto, seguramente. Siente el peso de los brazos de ella rodeándole el cuello. Lo siento, dice. Yo, eh. Supongo que ha estado, como, un poco demasiado bien. No es por echarle la culpa, obviamente. Margaret se ríe, con dulzura, la cara todavía arrebolada, mirándolo. Puedes echarme la culpa, dice. No importa. Pero no tienes que pedir perdón, ha sido perfecto. Lo invade entonces una sensación potentísima: algo en su interior, que se extiende, cálido, como morir o nacer. No tiene ni idea de lo que es, si es

algo bueno o peligroso. Tiene que ver con ella, con las palabras que acaba de decir, con lo que le hacen sentir. Ha dicho que ha sido perfecto. Y se refiere a lo que Ivan le ha hecho, aunque se haya acabado demasiado rápido, le ha gustado, o más que gustado. Estás siendo amable, dice él. Margaret sonríe echada entre sus brazos, con los ojos cerrándosele, soñolientos, y la sensación es tan fuerte, tan poderosa, que podría levantar un edificio entero con las manos. No, lo digo en serio, responde ella. Ha sido precioso. Gracias. ¿Es esto lo que se siente cuando uno consigue lo que quiere?, piensa. Desear, y al mismo tiempo tener, deseando aún, pero colmado. Ha sido precioso, gracias. Ah, estoy muy feliz, dice Ivan. O, no sé, no es esa la palabra. Ella tiene ya los ojos cerrados. Yo también, murmura. Él asiente, y nota sin saber por qué un intenso sentimiento de protección. Se da cuenta de que Margaret quiere dormir, y se aparta. Ella se coloca de lado para quedar de cara a él. Ivan tira el condón a la moqueta, junto a la cama, ya lo recogerá por la mañana, y echa el edredón sobre ambos. Quizás otra gente experimente a todas horas estos sentimientos, sean lo que sean. Sentimientos fuertes y poderosos de felicidad, satisfacción, protección. Puede que sean de lo más corrientes, tras episodios mutuamente placenteros como el de ahora mismo. O incluso si es algo inusual, algo que pasa unas cuantas veces en la vida y no más, sigue valiendo la pena vivir por ello, piensa. Haberla conocido así: preciosa, perfecta. Una vida que vale la pena, sí.

A la mañana siguiente, Margaret se despierta sola en la cabaña con el sonido de su alarma: sábado, 8.30h. Después de dar con el móvil y manosearlo torpemente para apagar el ruido, se tumba boca arriba, en soledad, libre de pensamientos, oyendo un leve zumbido procedente de otra

parte, como un frigorífico o un lavavajillas. El techo tiene un acabado de gotelé, los picos y hoyuelos proyectan pequeñas sombras irregulares a la luz de la ventana. Una luz matutina tenue y desvaída. Los minutos pasan. Se sienta en la cama y recoge la ropa del suelo, húmeda, arrugada, les da la vuelta a las bragas de ayer para ponérselas otra vez. Con algo parecido a curiosidad distanciada, con una leve indolencia interior, piensa en Ivan, que ya no está, que la ha dejado sola en la cama. Lo recuerda, anoche, muy dentro de ella, diciendo: Ah, joder. Bueno, eso es lo que hacen los fines de semana los chicos de su edad. ¿Por qué no con ella? No es fea, según dicen, no es mayor todavía, ya no está realmente casada y tampoco plantó la resistencia que él parecía esperar. Esa falta de resistencia, tan inusual, lo fascinó y lo incitó. Además, estaba de duelo por su padre, piensa, y en el duelo las personas hacen cosas poco propias de ellas, se comportan de manera irresponsable, se emborrachan y se van a la cama con cualquiera. Aunque no es que anoche fuese borracho. Se tomó, si no recuerda mal, un solo vaso de cerveza. Se lo contará a sus amigos, se pregunta Margaret. El genio del ajedrez, Ivan Koubek. No averiguó casi nada de él. Parecía observar a los demás en silencio y percibir muchas cosas, y cuando hablaba sus palabras transmitían una especie de soledad que a Margaret le resultó conmovedora. La trató muy bien en la cama: tanto que, incluso ahora, le cuesta arrepentirse por completo de todo ese episodio ridículo. Nunca en la vida había pasado la noche con un desconocido. Pero también es cierto que Ivan no parecía, en ese momento, un desconocido: parecía estar, muy deliberadamente, en su bando. Sí, eso otra vez: ¿se puede saber qué significa? Simplemente, que era alto y atractivo, que deseaba, por los motivos animales de costumbre, llevársela a la cama, y que ella deseaba, por los mismos motivos, dejar que lo hiciera. Podía ser. Ahora, en todo caso, su vida regresaría, sin explicación, a lo que quiera que fuese antes.

Pero no, piensa, porque ahora su carácter amorfo se ha revelado ante ella, los antiguos valores y significados flotan por ahí sin amarras, ¿cómo se va a poner a amarrarlos de nuevo? ¿Y a qué? En otro punto de la casa el zumbido cesa de golpe, y oye algo parecido a una cortina deslizándose por una barra. Ah, piensa. Ay, Dios: él estaba en la ducha. Se pone de pie frenética, termina de vestirse y hace la cama con las manos disparadas mientras los pasos de Ivan cruzan el recibidor.

Cuando entra en el cuarto trae el pelo mojado, y una sudadera limpia de color gris. Ah, dice. Te has levantado. No sabía si despertarte. Tose y sigue hablando: A ver, me sabe fatal, pero solo me han dejado una toalla de baño y ahora está mojada. Espero que no sea mucho problema. Siento no haberte preguntado primero, pero estabas dormida, como he dicho.

Ella está plantada al pie de la cama con los brazos cruzados. Se nota la cara cansada e hinchada, los ojos hinchados también, ardiendo. No pasa nada, responde. Ya me ducharé en casa.

Claro, dice él. Claro, es lo que he pensado yo. Lo siento.

Tiene un cortecito cerca de la oreja. Margaret supone que se habrá cortado afeitándose.

¿Necesitas que te lleve al taller?, pregunta. No me importa.

Ah. Pues eso estaría genial, si va bien.

Ella está jugueteando con un botón del cárdigan. Claro, responde. Y, oye, si no te importa, te agradecería que no se lo contases a la gente que viene hoy al evento. Lo de anoche. Siento pedírtelo, pero creo que me pondría las cosas difíciles en el trabajo, si se enterase todo el mundo.

A Ivan se le escapa una risita extraña. No, evidentemente, dice. O sea, lo pillo, pero tampoco es la clase de cosa que le voy a contar a la gente en el taller de ajedrez. La conversación no va muy por ahí. Por, en plan, un montón de razones.

Ella, sin levantar la cabeza, asiente y dice: ¿Te vuelves...? Se corta, sonriendo, y se frota la nariz con los dedos. Iba a preguntar si te volvías hoy para casa. Pero ni siquiera sé dónde vives.

Ah, vivo en Dublín, responde. Y sí, me vuelvo hoy. En autocar.

A Margaret le arden los ojos, le arde la cara, y asiente, fingiendo por algún motivo que se está abrochando el cárdigan.

Creo que no debería tardar en irme, dice. Para llegar a tiempo a eso.

Claro. Yo estoy lista.

Vale, solo quiero decirte una cosa primero.

Ella levanta la vista y lo encuentra mirándola: una mirada directa e intensa, como la de anoche, cuando terminaron las partidas y empezó a marcharse todo el mundo, esa misma mirada. ¿Te puedo dar mi número?, pregunta Ivan. No sé, por si en algún momento te acuerdas de mí. Podría guardar el número en tu móvil y así ya lo tienes, no tendrías ni que volver a verlo si no te apetece. ¿Qué me dices?

Margaret se da unos toquitos en los ojos con la yema de los dedos. Déjame que lo piense, responde.

Fuera hace una mañana fresca y húmeda, las ramas de los árboles gotean desde lo alto. Suben juntos al coche y deshacen el mismo camino por el que llegaron anoche, y de nuevo no hablan, de nuevo los limpiaparabrisas restriegan de un lado al otro. Cuando termina de aparcar delante del edificio, Margaret dice: Puedes darme tu número. Pero no sé si te diré algo o no, ¿vale? Y si no tienes noticias mías, no será porque no me haya acordado de ti. Me acordaré de ti. Pero tengo que decidir qué es lo mejor. Él dice que lo entiende, y luego teclea su número en el móvil. En el reloj del salpicadero son las 8.56 de la mañana. Ivan sale del coche, y ella lo sigue con la mirada hasta la entrada principal de edificio, con su maleta negra. Una de las ruedas cuelga torcida, rota: ahora se fija. Por eso la lleva del asa,

seguramente, en lugar de usar las ruedas. En la entrada, se vuelve y le lanza una mirada por encima del hombro. Y luego desaparece, con la puerta cerrándose de golpe detrás de él. La puerta de su lugar de trabajo, con su manilla plana y rectangular, con un panel de vidrio roto por la base y reparado con precinto marrón. Se ha sentido confinada en otros tiempos, confinada y regida por las trampas de la vida cotidiana. Pero ya no se siente confinada ni regida por estas fuerzas, ya no se siente regida por nada. La vida se ha zafado de sus redes. Ahora puede hacer cosas muy extrañas, puede convertirse ella misma en una persona muy extraña. Los hombres jóvenes pueden invitarla a sus cabañas turísticas con fines sexuales. No significa nada. Mentira: sí que significa algo, pero el significado es nuevo para ella.